

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 19 de LA MODA.

1872. — Tomo XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

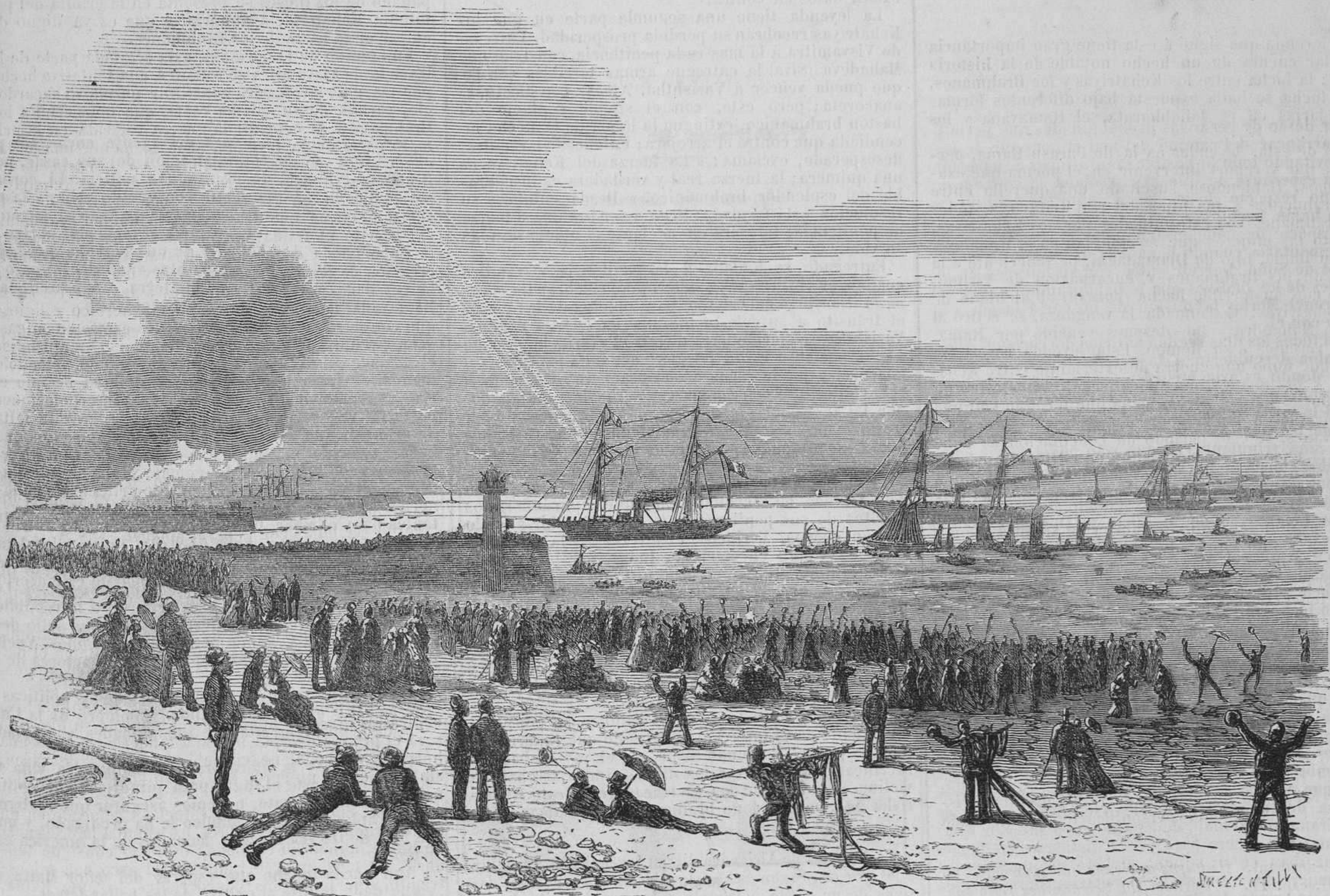
AÑO 31. — N° 1,030.

SUMARIO.

Viaje de M. Thiers al Havre; grabado. — Literatura sanscrita. — La Nueva Caledonia; grabados. — Entre-

vista de Berlin: La tienda imperial despues de las grandes maniobras militares; grabado. — Revista de París. — Romances americanos, por Carlos Walker Martínez. — Costumbres alsacianas; grabado. — Corrida de toros en Marsella; grabado. — ¿Qué hará de ello? nove-

la escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — El comercio del oro y la plata; grabados. — Los diferentes usos de un casco francés; grabados. — Emilia y Clara, novela original. — La Internacional en La Haya grabado.



VIAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA AL HAVRE. — Llegada del Cuvier al puerto del Havre.

Viaje de M. Thiers al Havre.

M. Thiers acaba de hacer una visita al Havre, y su presencia ha sido ocasion de manifestaciones de viva simpatía.

En la mañana del día de su llegada el Havre estaba engalanado con banderas, y la muchedumbre que se apiñaba en el muelle fijaba sus miradas hacia las costas del Calvados, envueltas todavía en la bruma, para descubrir la escuadrilla presidencial. El *Coligny*, que llegó la noche antes, se hallaba anclado cerca de tierra, y detrás aparecían las fragatas inglesas y americanas que habían llegado á saludar, en nombre de sus gobiernos, al jefe del poder ejecutivo de la República francesa.

A eso de las siete y media se vieron el *Cuvier* y el *Faon* que salían de Trouville y navegaban á todo vapor. El primero de estos avisos traía á bordo á M. Thiers, madama Thiers y Mlle Dosne, el almirante Pothuau, M. Dupuy de Lome, el ministro de la Guerra, el general Valazé y M. Salignac-Fenelon; en el segundo estaba la comitiva.

Llegados cerca de las costas el *Cuvier* y el *Faon*, pasaron delante del *Coligny* y entre las fragatas inglesas y americanas. Cada uno de estos buques saludó con veinte y un cañonazos. Entre tanto, la música de la fragata inglesa *Northumberland* tocaba la *Marsellesa*, y los marineros ascalonados en las vergas juntaban sus formidables hurras con las aclamaciones del público.

Cuando la escuadrilla penetró en el puerto saludó el *Coligny*, y entonces también hicieron salvas las baterías de los fuertes. Los vitores de la multitud se aumentaron cuando el *Cuvier* y el *Faon* se acercaron al muelle. M. Thiers, visiblemente conmovido, saludaba desde la toldilla del *Cuvier*, en donde estaba en pie.

Este momento de la llegada del presidente representa nuestro dibujo.

Algunos minutos despues desembarcaba M. Thiers, y era recibido por el alcalde M. Guillemard, quien le daba cordialmente la bienvenida. X.

Literatura sanscrita.

EL RAMAYANA.

(Continuacion. — Véase el número 1,029).

La leyenda que sigue á esta tiene gran importancia por dar cuenta de un hecho notable de la historia india: la lucha entre los Kchatriyas y los Brahmanes. Esta lucha se halla expuesta bajo diferentes formas legendarias en el Mahabharata, el Ramayana y los Puranas.

Una de estas leyendas es la de Parasu-Rama, personaje que veremos intervenir en el poema que examinamos. Habiéndose suscitado una querrela entre los Brahmanes y los hijos del rey Kritavirya, todos los brahmanes son exterminados por los Kchatriyas, excepto las mujeres que se refugian en el Himalaya. Parasu-Rama, hijo de Djamadagni, perteneciente á la casta de los Brahmanes y encarnacion de Vishnú, vengó con su terrible hacha (*parasu*) el atentado de los Kchatriyas. Consumada la venganza, se retiró al monte Mahendra y fué despues vencido por Rama, como veremos á su tiempo. Esta leyenda revela sin duda que hubo una guerra de exterminio entre Kchatriyas y Brahmanes, en que alternativamente fueron vencedores unos y otros, lucha que terminó con una conciliacion en que la supremacia correspondió á los Brahmanes. A este periodo de conciliacion se debe que á la encarnacion de Vishnú en el Rama sacerdotal (Parasu-Rama) suceda la encarnacion en el Rama guerrero (el Rama del Ramayana) vencedor del primero.

La creacion del segundo Rama y su victoria fué sin duda un medio empleado por los Brahmanes para atraerse á los Kchatriyas, de cuyo agrado no debía ser Parasu-Rama. Esta lucha entre las dos castas debió tener lugar en la region central del Vindhya y verificarse hácia el siglo IX (1).

La otra forma legendaria de estas luchas de casta, es la que expone el autor del Ramayana en el episodio que nos ocupa. Colócase este episodio en el momento en que Rama y sus compañeros han llegado á la corte del rey Djanaka. Uno de los sacerdotes de este monarca, Satananda, al ver á Visvamitra, refiere á Rama los ilustres hechos de su mentor en la forma siguiente.

Como en otro episodio se expone, Visvamitra era hijo del rey Gadhi, el cual era hijo de Kusanabha, hijo de Kusa (sin duda todos de raza Kuschita); Visvamitra es, pues, una personificacion de la casta

guerrera. En una ocasion, Visvamitra, al frente de un poderoso ejército, se dirigió á la ermita del brahman Vasishtha, quien le recibió con todos los honores de la hospitalidad. Vasishtha poseía una maravillosa vaca, llamada Sabala, (segun otra version, Kamadhenu), que es personificacion de la tierra. Tenia esta vaca la rara cualidad de dar cuando se la ordeñaba todo género de objetos acomodados á todos los gustos.

Deseoso el anacoreta de obsequiar al ejército de su regio huésped, ordenó á la vaca que preparase un gran banquete, y con efecto, Sabala extrajo de sus tetas maravillosas toda clase de delicados manjares, minuciosamente enumerados en el poema. Sorprendido Visvamitra, rogó á Vasishtha que le diera la vaca milagrosa á cambio de otras cien mil vacas escogidas, á lo que el ermitaño se negó rotundamente; en vano Visvamitra le ofreció 14,000 elefantes, 800 carros, 11,000 caballos y diez millones de vacas: todos sus ruegos y promesas fueron ineficaces ante la tenacidad de Vasishtha.

Furioso el monarca, manda á sus soldados que se apoderen de la vaca prodigiosa; huye esta de sus manos y pide socorro á su señor; Vasishtha contesta que es impotente ante la fuerza del Kchatriya, pero la vaca replica que el poder celeste de los Brahmanes es muy superior al de los guerreros; animado con estas palabras el anacoreta, ordena á la vaca que produzca ejércitos que venzan á los de Visvamitra.

El animal maravilloso comienza entonces á cubrir la tierra de ejércitos formidables. Aparecen los Pahlavas (los Persas), los Sakas (Escitas), los Yavanas (Griegos) (1), los Kambodjas, los Mietchas, los Tusharas y los Kiratas (pueblos desconocidos, probablemente pobladores de la India). Estos ejércitos concluyeron con los soldados de Visvamitra, que vencido y humillado se retiró al fondo de los bosques, dejando en el trono al único hijo que le quedaba, pues todos los demás habían muerto en la batalla.

Esta primera parte de la leyenda es fácil de interpretar. La vaca Sabala ó Kamadhenu, que produce tan variados frutos y que es propiedad de Vasishtha, es la personificacion de la tierra, propiedad de la casta de los Brahmanes. La riqueza y poderío de estos excitó la envidia de los Kchatriyas que intentaron despojarlos por medio de la fuerza: tal es el hecho representado en el robo de la vaca por el Kchatriya Visvamitra. Llamaron los Brahmanes en su auxilio pueblos extranjeros y en la guerra que entre ellos y los Kchatriyas tuvo lugar, vencieron y aniquilaron á estos. Que esta lucha es histórica, parece indudable; que en auxilio de los Brahmanes acudieran tantos pueblos, entre los que con sorpresa vemos figurar á los persas, los escitas y los griegos, no es hecho atestiguado por la historia, pero que tampoco se puede negar en absoluto, toda vez que la carencia de testimonios no autoriza á negar un hecho, á menos de existir datos en contra.

La leyenda tiene una segunda parte en que los Kchatriyas recobran su perdida prosperidad. Entregado Visvamitra á la mas ruda penitencia, consigue que Mahadeva (Siva) le entregue armas terribles con las que pueda vencer á Vasishtha. Ataca, con efecto, al anacoreta; pero este, con el simple contacto del baston brahmánico, extingue la llama de la flecha incendiada que contra él arrojara; entonces Visvamitra, desesperado, exclama: «La fuerza del Kchatriya es una quimera; la fuerza real y verdadera es inseparable del esplendor brahmánico.» Desde entonces su resolucio está formada: llega á ser brahma á fuerza de penitencia; tal será en adelante el objeto de toda su vida.

Entregado se hallaba á la penitencia Visvamitra cuando el rey Trisanka determinó celebrar un *asvamedha* (sacrificio del caballo) para obtener de los dioses el tránsito á su celeste morada en cuerpo y alma. Vasishtha, requerido para dirigir el sacrificio, se negó á ello, por cuya razon Trisanku acudió á los hijos del anacoreta, que le rechazaron duramente. Ofendido el rey, contestóles con amenazas; pero ellos, indignados por tal insolencia, le maldijeron y condenaron á ser transformado en *tchandala* (individuo de una casta impura y degradada), sentencia que se cumple inmediatamente.

Trisanku se presentó entonces á Visvamitra, que no solo verificó el sacrificio, sino que, aplicándole los méritos de sus penitencias, le ordenó subir al cielo con su cuerpo. Verificóse efectivamente la ascension milagrosa; pero encolerizado Indra, arrojó sobre la tierra al desventurado Trisanku. Pidió este socorro á Visvamitra, que, rebelándose contra los dioses y rivalizando con ellos, creó multitud de astros luminosos y aun proyectó crear nuevos dioses que reemplazaran á Indra y á sus colegas inmortales. Conternados estos, acceden á los deseos del terrible anacoreta y admiten en el cielo á Trisanku en cuerpo y alma, haciendo de él una brillante constelacion.

La virtud y el poderío de Visvamitra se muestran igualmente en el interesante episodio que refiere despues el poeta. Habiendo dispuesto el rey Ambarisha sacrificar un hombre á los dioses, Indra arrebató la victima de manos de los sacrificadores. Trató Ambarisha de comprar á un brahman pobre, llamado Rit-

chika, uno de sus tres hijos, mas ni Ritchika ni su mujer consintieron en vender al mayor ni al mas pequeño, aunque sí al mediano, Susaneffa, que fué cambiado por cien mil vacas. El desgraciado jóven acudió pidiendo socorro á Visvamitra, que reuniendo á sus propios hijos les ordenó sacrificarse en su lugar; negáronse todos, no sin incurrir en la maldicion del padre, que llamando á Susaneffa le enseñó una *mantra* ú oracion secreta que le libraria de la muerte. Así fué, con efecto; en el momento de comenzar el sacrificio, recitó la victima la oracion misteriosa, apareció Indra, y salvándole de la muerte, concedió al rey Ambarisha los apetecidos frutos del sacrificio, sin necesidad de consumarlo.

Las penitencias de Visvamitra estuvieron á punto de ser ineficaces á causa de la pasion que con mas frecuencia suele perder á los hombres: el amor. Una Apsara (ninfa celeste) llamada Menaka, se introdujo furtivamente en el retiro de Visvamitra con el maligno propósito de seducirle. En el momento en que la ninfa se bañaba en el lago Pushkara, la vió el anacoreta y quedó prendado de su belleza. Diez años pasó con ella entregado á las delicias del amor, al cabo de los cuales, comprendiendo la enormidad de su falta, la despidió cortésmente y se entregó de nuevo á las mas duras maceraciones.

Tales y tan terribles fueron las penitencias de Visvamitra, que los dioses llegaron á temer que eclipsara su gloria. Indra, entonces, recordando el pasado suceso, llamó á otra Apsara, llamada Rambha, y la encargó que tratara de seducir de nuevo al penitente. El mismo Indra, metamorfoscado en el pájaro llamado *Kokila*, y unido al Amor, coadyuvó á los planes de la ninfa. Poco faltó para que el plan maquiavélico del dios tuviese feliz éxito; véanse los bellísimos términos en que el poeta describe el encanto voluptuoso que se apoderó de los sentidos de Visvamitra:

«Cuando el suave gorgo del kokila, que llenaba el bosque con sus acentos, y la dulce y conmovedora armonía del canto de la ninfa hirieron sus oídos; cuando el viento se deslizó sobre su cuerpo con voluptuosos cosquilleos y embalsamado con celestes perfumes, produjo en su olfato aquellas sensaciones que llevan á su colmo la embriaguez de los amantes, el gran anacoreta sintió arrebatados su alma y su pensamiento, y volviéndose hácia el lugar de que venia aquella melodia encantadora, percibió la belleza seductora de Rambha.»

Pronto, sin embargo, recordó Visvamitra las pasadas tentaciones y adivinó el lazo que se le tendía. Furioso entonces, trasformó en roca á la hermosa ninfa, y continuó con mayor constancia sus mortificaciones. Por fin, al cabo de otros mil años de penitencia, los dioses, temerosos de que llegara á apoderarse del reino de los cielos, suplicaron á Brahma que accediese á sus deseos. Consiente en ello Brahma, y acompañado de los dioses se presenta en la ermita del penitente Kchatriya, á anunciarle que es ya digno de entrar en la casta de los Brahmanes.

En opinion de Lenormant, esta segunda parte de la leyenda de Visvamitra se refiere á una tentativa hecha por los guerreros para constituir un nuevo sacerdocio, sacado de su misma casta, que opusieron á los Brahmanes. Al concluir la guerra referida en la primera parte de la leyenda, probablemente una de las condiciones de paz fué admitir en la casta de los Brahmanes á este sacerdocio de origen Kchatriya, personificado en Visvamitra, concluyendo de esta suerte el cisma que desgarraba la unidad brahmánica. Escrito el Ramayana despues de la conciliacion, la importancia concedida á Visvamitra fué, como la creacion de Rama, una concesion y una satisfaccion á la vez dada por los Brahmanes á los guerreros. El Ramayana, en efecto, es un poema heroico religioso que consagró la union entre las dos castas enemigas.

La circunstancia de ser abundantísimo en episodios el primer libro que estamos analizando, siéndolo menos los restantes, confirma la opinion de que el Ramayana hubo de sufrir muchas interpolaciones hasta su redaccion definitiva. El desorden y la falta de arte con que están presentados los episodios que hemos referido, episodios que ninguna relacion directa tienen con el asunto del poema, y que se introducen en él sirviéndose del inocente artificio de suponerlos referidos durante un viaje, son motivos bastantes para afirmar, no solo que el poema ha sufrido muchas alteraciones, sino que casi todas ellas han obedecido á móviles políticos ó religiosos, extraños por completo al arte. La comprobacion de este aserto se hallará fácilmente en el análisis que de estas leyendas dejamos hecho.

Concluida la narracion de los hechos de Visvamitra, este suplica á Djanaka que enseñe á Rama el maravilloso arco de Indra, á lo que el rey accede gustoso.

Refiere Djanaka que este arco fué usado por Siva contra los dioses, y añade que la mano de su hija Sita será el premio del que llegue á tenderle. Sita es una hermosa doncella, no concebida por obra de varon, sino nacida de un surco abierto en la tierra por Djanaka.

El arco, encerrado en un estuche y colocado en un carro tirado por 800 hombres, es traído á la presencia de Rama, quien sin el menor esfuerzo consigue tenderle. La tension hace romperse el arco con tal estrépito, que todos los concurrentes, excepto Rama, Lakshmana, Djanaka y Visvamitra, caen en tierra llenos de asombro. Al punto se comunica á Ayodhya

(1) Lenormant, *Histoire ancienne de l'Orient*, libro VIII, cap. IV. — Burnouf, *la Science des religions*, capítulo X.

(1) Despues de Alejandro dieron los indios este nombre á los griegos. Segun Schlegel, el nombre de Yavanas designa de un modo indefinido á los pueblos situados al Occidente de la Persia. — (Fleury).

tan fausta noticia por medio de embajadores encargados á la vez de pedir á Dasaratha su consentimiento para la boda de Rama y de invitarle á asistir á la ceremonia, á lo que inmediatamente accede. Invitado igualmente el hermano de Djanaka, Kusadhvajá, rey de Sankasya, conciertanse y se celebran al punto las bodas de los cuatro hijos de Dasaratha: Rama se casa con Sita, y Lakshamana con Urmila, ambas hijas de Djanaka; los otros dos hijos de Dasaratha contraen matrimonio con las dos hijas de Kusadhvajá, Baratha con Mandavi y Satrugna con Srutakirti.

Celebrados con gran pompa los desposorios, Dasaratha, sus hijos y las esposas de estos regresan á Ayodhya. En este viaje tiene lugar el encuentro entre Rama y el antiguo Parasu-Rama ó Rama el Djamadagnida, á que antes nos hemos referido. El Rama sacerdotal presentase ante el Rama guerrero, y enseñándole un arco formidable le invita á tenderle, prometiéndole que en caso de conseguirlo le concederá el honor de un combate personal (1). Acepta Rama el reto, pero advirtiéndole á su contrario que si logra disparar la flecha, le cerrará el camino del cielo, le excluirá del mundo celeste.

Todos los dioses acuden á presenciar aquel duelo terrible en que el Rama Khatryia va á vengar el exterminio de su raza. El arco de Parasu-Rama, el arco de Vishnú que en manos del terrible Brahman un tiempo fué terror de los guerreros, va á ser tendido al fin. En aquel momento una intuición divina revela á Parasu-Rama la verdadera naturaleza de su contrario. Su cólera y su soberbia se aplacan entonces, y humildemente ruega á Rama que no le cierre el camino del cielo, sino solo el de los mundos santos. Dispara Rama la terrible flecha, y desde entonces, dice el poema, Rama el Djamadagnida no halló mundo alguno en que pudiera habitar.

Este episodio, cuyo sentido hemos explicado anteriormente, ofrece la extraña particularidad de poner frente á frente dos encarnaciones del mismo dios. El Rama sacerdotal vencido y el Rama guerrero vencedor, son á la vez el Dios Vishnú encarnado. ¡Extraña concepción por cierto la de esta oposición entre dos formas de una misma esencia! ¡Singular poesía la del panteísmo en que la lucha épica y el contraste dramático no son otra cosa que un combate de sombras en el seno de lo infinito!

Refiere despues el poeta la entrada triunfal de los héroes en Ayodhya, y pinta la felicidad de que gozaba la familia real, con lo cual concluye el primer libro de la epopeya.

El segundo libro se diferencia profundamente de todos los restantes, por ser el que encierra una acción mas dramática, interesante y humana. Al paso que en la mayor parte de la obra las proporciones colosales de la acción y la intervencion constante de lo maravilloso fatigan y deslumbran al lector, y no causan en su ánimo las vivas y agradables impresiones que engendra siempre la pintura animada de los afectos del corazón humano, en este libro, verdadero oasis de poética frescura perdido entre las inmensidades del poema, la pasión en su mayor grado de interés, los mas nobles y elevados sentimientos, la mas refinada pureza moral concurren á deleitar el ánimo, librándole de la tensión con frecuencia fatigosa que el restante del libro produce. Difícilmente se hallará en poema alguno, ni aun en la misma Iliada, episodios tan interesantes, pinturas tan bellas, lecciones morales de tan subido precio como las que ofrece el hermoso libro que vamos á examinar.

Dasaratha envía á su hijo á la Bharata á la corte de su abuelo materno, el rey de Kekaya, despues de darle los mas sabios y saludables consejos. Durante su ausencia, el anciano monarca determina consagrar á Rama como heredero de la corona. El poeta aprovecha esta ocasion para hacer la siguiente pintura del carácter de su protagonista.

« Pensaba Rama que llegar á las alturas de la ciencia es preferible al honor de subir al trono. Era Rama un varon lleno de caridad para todos los seres, amparador de cuantos necesitaban socorro, liberal, defensor de los hombres honrados, amigo de los débiles que pedían su proteccion, agradecido, gustoso de recompensar con creces los beneficios recibidos, fiel en sus promesas, firme en sus resoluciones, dueño de sí mismo, hábil en distinguir las virtudes, porque era virtuoso, diestro en el trabajo y en el manejo de los negocios... De buen grado renunciaria aquel ilustre príncipe á la vida, á la mas opulenta fortuna y aun á sus mas caros placeres; pero á la verdad, jamás. Recto, generoso, amigo de hacer el bien, modesto, de buenas costumbres, dulce, paciente, invencible en el combate, tenia gran corazón, gran energía, grande alma; era, en suma, el mas virtuoso de los hombres, radiante de esplendor, de aspecto amable como la luna, y puro como el sol de otoño. »

Rama es, pues, la pureza moral unida á la energía varonil, es el *justum ac tenacem propositi virum* del poeta; es el ideal del carácter humano. ¡Qué diferencia entre él y el bárbaro protagonista de la Iliada! ¡Qué semejanza, en cambio, entre este carácter y los prototipos de valor y lealtad que se hallan en los libros de caballería!

Sin duda alguna, aquella civilizaci6n y aquella literatura que simbolizan el caballero Bayardo y el noble

(1) Nótese el pronunciado sabor caballeresco de este episodio.

Amadís, son un eco lejano del ideal Sanscrito transmitido á través de las selvas de la Germania, y nada tienen de comun con la grosera barbarie de los héroes homéricos, ni con la corrupcion y la perfidia de los héroes latinos.

Resuelto Dasaratha á consagrar á Rama, consulta la opinion de los hombres de Estado y del pueblo todo, que unánimemente aprueba su designio. Entonces, á presencia de los reyes feudatarios, (1) participa á Rama sus propósitos. En tanto que la ciudad se entrega al regocijo empavesando y regando las calles, poniendo colgaduras en los balcones, cubriendo de flores y perfumes la calle Real é iluminando por la noche, Rama con su esposa Sita se prepara á la consagración, entregándose á la penitencia y á la oración en la real capilla dedicada á Vishnú, y muy distante de prever la tormenta que en breve va á estallar sobre su cabeza.

Una parienta lejana de Kekeyi, tan deforme de alma como de cuerpo, sabedora de lo que sucede, penetra en el aposento de esta, y con destempladas voces la anuncia que una gran desgracia la amenaza. Sorprendida Kekeyi pregunta á Manthara (tal es el nombre de la jorobada) cuál es esa desgracia tan terrible, y al saber que se trata de la consagración de Rama, lejos de afligirse, manifiesta sinceramente su alegría. No se desanima por esto la pérfida consejera; con arte maligno y excitando el amor maternal de Kekeyi, pinta con vivos colores los peligros que amenazan á su hijo Baratha, despojado del trono por su hermano y expuesto á ser muy pronto enviado al destierro. El amor maternal se despierta entonces en Kekeyi; con voz angustiosa pide á Manthara que la depare un medio de salvar á su hijo y perder á Rama; la infame mujer le encuentra muy fácilmente. En la época de la guerra entre los dioses y los demonios, Dasaratha, que peleaba á favor de aquellos, fué herido por un Asura llamado Sambara. Kekeyi curó su herida, y Dasaratha, reconocido á sus cuidados, la prometió concederle las dos gracias que quisiera pedirle, mas ella reservó para mas adelante el cumplimiento de la promesa.

Esta ocasion ha llegado, exclama Manthara, pide, pues, á tu esposo, estas dos gracias: la consagración de Baratha y el destierro de Rama durante catorce años. Kekeyi cuya conciencia turbaban, no solo el amor maternal, sino el influjo de una maldición que en anterior época lanzó contra ella un brahman, acoge con júbilo el pérfido consejo, y despojándose de sus adornos entra en una solitaria habitación, esperando la llegada de su esposo para recordarle su promesa. De esta suerte una de esas intrigas de serrallo, tan comunes en el Oriente, acarrea la desgracia del protagonista del poema.

Quando Dasaratha encuentra á la mas jóven y bella y la mas querida, por tanto, de sus esposas, postrada en tierra y entregada á la mas violenta desesperación, su dolor no reconoce limites; pero cuando escucha de sus labios el motivo de su llanto, cuando la oye pedir en cumplimiento de su antigua promesa la consagración de Bharata y el destierro de Rama, su sorpresa y su dolor llegan á tal extremo, que cae en tierra privado de sentido. En vano, vuelto en sí, suplica á su esposa que no le exija cosa semejante, en vano se arroja á sus plantas, humillando sus canas venerables; Kekeyi es inflexible, y el monarca ligado por la palabra empeñada, no tiene otro recurso que cumplirla y da orden de que Rama venga á su presencia.

Abandonando las suntuosas estancias de su palacio en que estaba dispuesto todo lo necesario para la consagración; pasando por medio de una turba de poetas, cantores y músicos (2), llega Rama al palacio de su padre entre los vitores y aclamaciones entusiastas de la multitud. Hállale en su trono en compañía de Kekeyi, traspasado de dolor hasta el punto de no poder proferir una palabra, viéndose obligada la implacable reina á intimar la fatal sentencia, que el héroe escucha con serenidad y resignación.

Parte en seguida Rama á comunicar á su madre la noticia. Al saberlo Kosalya exhórtale á que desobedeza la orden injusta de su padre; secúndala Lakshmana y ofrece su apoyo para que Rama se apodere del reino. Todo es inútil; Rama contesta á las súplicas de su hermano y de su madre con estas palabras admirables: « Jamás, reina, cederé mi fama á cambio de un reino; lo juro por mis buenas obras. En los estrechos limites en que la vida de los hombres se encierra en este mundo, quiero tener por lote el deber, pero no quiero sin él la tierra. » ¡Frase sublime en que el desconocido poeta sanscrito parece sentir las magníficas inspiraciones morales de Kant! Y no se limita á esto el héroe, sino que en términos suaves, pero firmes, reprende á su madre porque censura la conducta de su esposo y la exhórtala á que siga amando á Bharata y viendo una hermana en la aborrecible Kekeyi.

Defraudada Kosalya en sus esperanzas, pide á su hijo que la lleve consigo, á lo que este se niega recordándole sus deberes conyugales, porque « mientras vive, el esposo, no el hijo, es un dios para la mujer. » Subyugada Kosalya por la fuerza de sus razones, con-

(1) Se desprende de la lectura del poema, que la India estaba sometida al régimen feudal.

(2) Existían en la India trovadores, juglares y bufones, como los que habia en la Edad Media.

siente en su partida, no sin entregarse á la mas viva desesperación.

No menos admirable es la escena que sigue entre Rama y su bella esposa Sita. Cuando esta sabe que su esposo ha sido condenado al destierro, manifiesta su propósito de acompañarle en palabras llenas de indecible ternura y arrebatada pasión. Hé aquí los términos en que se expresa la enamorada esposa:

(Se continuará.)

La Nueva Caledonia.

Sabido es que han señalado dos puntos de la Nueva Caledonia para los condenados á la deportación, y son la isla de Pinos y la península Ducos. Con tal motivo nos parecen interesantes los siguientes datos:

La isla de Pinos se presenta bajo el aspecto de una tierra poco elevada, dominada hacia su centro por un cerro. En cuanto pueden divisarse los detalles de la costa, se ven surgir del mar las copas de los pinos que crecen en abundancia en las márgenes de la isla principal y cubren una parte de las islas bajas que forman los diversos fondeaderos de Kaa, Alemene y Gadji.

Situada á la extremidad S. E. de la tierra de que parece ser una prolongación, la isla de Pinos recibe en todo tiempo el viento fresco del mar, y la temperatura que rara vez pasa de 30 grados centígrados durante el día, es siempre fresca en las noches de verano y á veces casi fría en invierno.

La isla entera no cuenta hoy mas de 2,500 habitantes, entre ellos 1,000 indígenas de la isla Maré que, obligados por guerras de religión á evacuar sus aldeas llegaron á establecerse bajo la dirección de dos misioneros católicos. No se observa en la isla ninguna enfermedad epidémica ó endémica, y los europeos amantes del trabajo no podrian encontrar en ninguna parte mejores condiciones higiénicas.

Aunque á primera vista la isla parezca exclusivamente reservada á la explotación de la madera de los pinos, aun queda bastante terreno libre para la cria de ganado y para que se puedan intentar importantes empresas agrícolas. Forma una vasta planicie de unos 8 kilómetros de anchura al Norte, que se estrecha hacia el Sur y está separada del mar por llanos bajos con cuevas bastante escarpadas.

El suelo de estos llanos es cuadrepórico, poroso por consiguiente, y gracias á la filtración las aguas, que parecen estancadas, se renuevan corriendo hacia el mar. A esta constitución geológica se debe que no haya fiebres en esas islas, no obstante los pantanos que suelen tener las costas.

El suelo de la planicie central es impropio para el cultivo, pues se compone de escorias ferruginosas sobre las cuales crecen algunos raquíticos helechos; pero no es lo mismo en los llanos que le rodean: aquí la tierra es fértil, el agua abunda, la vegetación es magnífica, se encuentran reunidos todos los elementos indispensables para el establecimiento de una colonia penitenciaria.

El Valle del Uro que se ha elegido para fundar el primer centro agrícola, presenta las siguientes ventajas: proximidad de un fondeadero de fácil acceso relativamente hablando, comunicación con la tierra sin tener que pasar por el canal de Havanah, y abundancia de agua dulce, pues además de los dos arroyos que existen entre Tapes y Kaa, las primeras obras de instalación que se han ejecutado han producido el descubrimiento de manantiales á poca profundidad; y finalmente, facilidad para establecer á lo largo de los contra-fuertes un camino fuera de los pantanos y de dar una posición dominante á la fuerza militar encargada de la vigilancia de los deportados.

El gobierno local de la colonia ha tomado ya todas las medidas para organizar el servicio de la deportación.

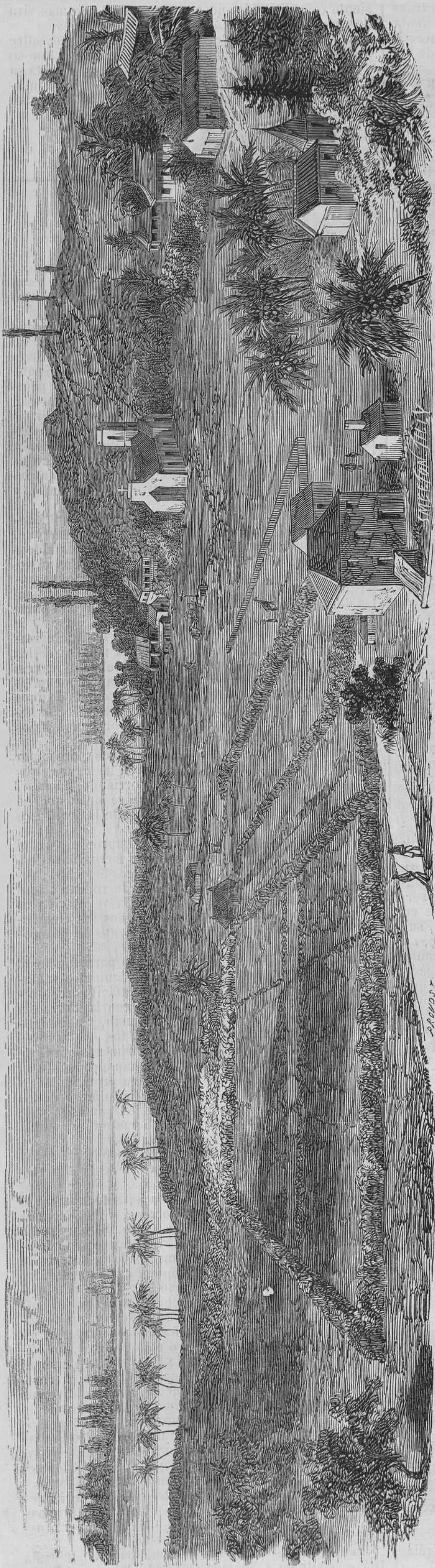
Un comisario adjunto de marina ha sido nombrado director de la deportación de Noumea, y un alférez de navío, comandante de la isla de Pinos. Se han hecho contrataciones para que los deportados tengan carne fresca, y se ha enviado un destacamento de infantería de marina á Uro para la instalación del campamento.

El personal encargado del mando y de la administración del establecimiento, se ha compuesto del modo siguiente: un comandante, un capellan, un destacamento de gendarmería, un idem de infantería, un oficial de administración, uno ó mas médicos, un oficial de ingenieros encargado de las obras, el personal del servicio de sanidad, un guarda-almacén, hermanas hospitalarias, personal agrícola, agentes diversos y enfermeros. La policía marítima se hará por medio de buques, chalupas y canoas armados con el personal del servicio de la flota. Por último, se ha preparado una ambulancia de 50 camas dispuestas en dos barracas de 30 metros de largo, para recibir á los deportados que hayan enfermado en la travesía.

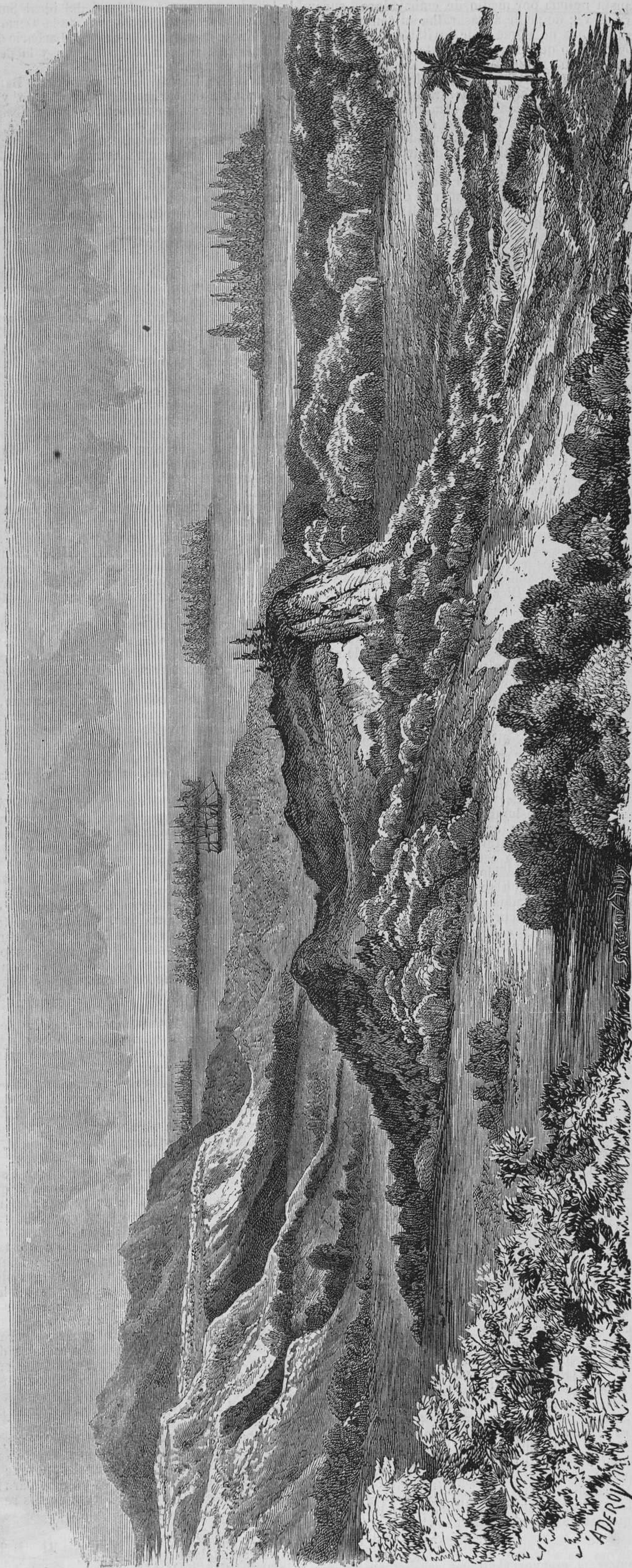
Hé ahí en resumen las bases del servicio de la deportación á la isla de Pinos. Las disposiciones tomadas frente á las necesidades de la primera instalación, y se reformarán si llegare el caso.

Iguales disposiciones se han tomado en la península Ducos, contigua á Noumea en donde deben ser internados los condenados á la deportación en un recinto fortificado.

R. S.



LA NUEVA CALEDONIA. — Vao, establecimiento de la mision católica en la isla de Pinos.



LA NUEVA CALEDONIA. — Llanos de Uro, destinados á los condenados á la deportacion sencilla.



ENTREVISTA DE BERLIN. — La tienda imperial despues de las grandes maniobras militares. — (Véase el artículo en el número anterior).

MIRANDA

Revista de Paris.

Los organizadores de banquetes políticos no desmayan; pero tampoco desmaya el gobierno. A una prohibicion sigue otra, y á la hora prefijada para sentarse á la mesa, viene la policia, ó la gendarmeria, ó la tropa y se cierran las puertas de la sala del festin con gran sentimiento de los que tenian ya preparados sus discursos y sus brindis. Esta semana hemos tenido uno de esos acontecimientos. Los republicanos querian celebrar el 21 de setiembre, aniversario de la proclamacion de la primera República, y el gobierno se ha apresurado á oponer su veto. En Paris todo ha pasado como en familia, si así puede decirse. Habianse citado los manifestantes en un restaurant del boulevard, y advertidos por la policia, se diseminaron en unos cuantos grupos y fueron á celebrar el aniversario en cuestion, cada cual donde lo tuvo por conveniente; mas ninguno en el local designado de antemano. Los diarios de su color político nos dijeron el dia siguiente que habian brindado á puerta cerrada, que habian leído cartas de Luis Blanc y de Victor Hugo y que se habian congratulado mutuamente por la consolidacion de la actual República, que, á su juicio, hace cada dia nuevos prosélitos.

La carta de Victor Hugo ha merecido los honores de la reproduccion, en casi todos los periódicos parisienses, y con efecto, es digna de ser leida.

« Amigos, dice el gran poeta, tengamos confianza, que no estamos tan vencidos como quiere suponerse. A tres emperadores oponemos tres fechas, el 14 de julio, el 10 de agosto y el 21 de setiembre. El 14 de julio demolió la Bastilla, y significa Libertad; el 10 de agosto descoronó las Tullerías, y significa Igualdad, y el 21 de setiembre proclamó la República, y significa Fraternidad. Esas tres ideas pueden triunfar de tres ejércitos, son de talla para acabar con los monstruos y se resumen en esta palabra: Revolucion. La revolucion es el gran domador, y si la monarquía tiene leones y tigres, nosotros tenemos armas con que combatirlos. Y ya que se ajustan cuentas, ajustemos las nuestras.

» Por una parte hay tres hombres y por otra todos los pueblos. Es verdad que los tres hombres son omnipotentes. Poseen cuanto constituye y caracteriza el derecho divino: la espada, el cetro, la ley escrita, cada uno su dios, cada uno sus sacerdotes; tienen jueces, verdugos y suplidos... ¿Habeis leído el espantoso código militar prusiano?... Así pues, esos omnipotentes son dioses y nosotros no tenemos mas que esto en nuestro favor, que somos los Hombres. A la antigua monarquía que es el pasado vivo, y vivo con la terrible vida de los muertos, á los reyes espectros, al antiguo despotismo que con una señal puede hacer desvanecer cuatro millones de sables, que declara la fuerza superior al derecho, que restaura el antiguo crimen llamado la conquista, que degüella, asesina, extermina y lleva al matadero innumerables masas, que no repara en ninguna infamia cuando es provechosa, y roba una provincia en la patria y un reloj en la casa, á esa formidable coalicion de las tinieblas, á ese poder compacto, nocturno, enorme ¿qué tenemos que oponer? Un rayo de aurora. ¿Y quién vencerá? La luz. »

Victor Hugo hace vibrar aquí la fibra patriótica y era imposible que su carta dejase de tener admiradores.

Pero de todos modos, los banquetes de Paris han pasado completamente desapercibidos, y solo por la prensa han sabido los parisienses que se habia celebrado por unos cuantos hombres el aniversario del 21 de setiembre.

No ha sucedido lo mismo en las provincias.

Mientras nada se decia sobre este punto en Paris, se anunciaban banquetes en todas partes, en Marsella, en Lyon, en Burdeos, etc., etc.; y principalmente se anunciaba y con mucho ruido el de Chambéry, al que Gambetta habia ofrecido su presencia.

Ahora bien, basta decir que Gambetta se presentará en una reunion para que al punto tenga una grande importancia.

Con efecto, Gambetta llegó á Chambéry á celebrar el 80° aniversario de la anexion de la Saboya á la Francia republicana y fué recibido por el presidente del consejo general, por el alcalde, por el diputado, y por una multitud simpática compuesta de muchos centenares de personas.

Seguidamente comenzó el desfile de las diputaciones de los pueblos del contorno que llegaban á saludarle, y es inútil decir que todo fueron protestas del republicanismo mas acendrado.

Mas hé aquí que al mismo tiempo que se efectuaban estas demostraciones, el prefecto de la Saboya mandaba fijar carteles en Chambéry para declarar que, en vista de las instrucciones del gobierno acerca del banquete en cuestion, que ofrece todo el carácter de una grande manifes-

tacion política, quedaban prohibidos el banquete y la reunion proyectados para el domingo 22 de setiembre.

La emocion fué grande en Chambéry que veía aguada su fiesta. Sin embargo, apresurémonos á decir que no hubo que deplorar ningun desorden, debido sin duda á que el mismo Gambetta aconsejó en términos formales la moderacion y el respeto á la ley.

Bajo este concepto el comité de organizacion anunció inmediatamente que el banquete no tendria lugar, á fin de no dar el menor pretexto á las provocaciones y para presentar un nuevo testimonio del escrupuloso respeto que el partido republicano profesa á la legalidad, por dura que sea.

Además decidió el comité que los comestibles preparados se repartiesen entre los pobres y encargó la ejecucion de estas medidas á los presidentes de las diversas sociedades de socorros mútuos.

Hé ahí cómo se conjuró la gran manifestacion que se temia en Chambéry y sobre la cual han discutido tanto los periódicos estos últimos dias.

Por nuestra parte, pensamos que el gobierno obedece á un sentimiento muy respetable cuando prohíbe toda clase de manifestaciones políticas en ocasion en que los alemanes ocupan aun una porcion del territorio. Con efecto, ¿cómo impedir que en esas reuniones no se hable de lo que está en el corazon de todos los franceses? Bien lo acabamos de ver en la carta de Victor Hugo. Ahora bien, ese lenguaje es impolítico, quizá peligroso en el dia.

Un hecho queremos citar que prueba hasta qué punto son implacables los enemigos de la Francia.

Un periodista francés que se hallaba en su casa de Saverna, para levantarla y despedirse de sus amigos, M. Edmundo About, fué preso por los prusianos y llevado á Estrasburgo donde le pusieron incomunicado, sin permitir que le viera mas que su esposa y en presencia de un carcelero.

En una carta fechada en Saverna el 14 de setiembre, cuenta el hecho su señora del modo siguiente:

« Anoche á las diez vino un agente de la policia á preguntarme por M. About, á pretexto de que un vecino del pueblo deseaba que le diera unas noticias. Ese individuo insistia en hablarle aquella misma noche en atencion á que pensaba abandonar inmediatamente el pais.

» No habiéndose accedido á esa demanda, el agente de policia no insistió; pero los ladridos de los perros durante toda la noche nos hicieron creer que habian puesto guardas de vista á nuestra casa.

» Esta mañana á las seis penetró en nuestro patio el comisario de policia de Saverna, y dijo que deseaba hablar á M. About. Habiéndome negado á abrir la casa tan de mañana, llamó el comisario á cuatro gendarmes que traia á sus órdenes y habia apostado al rededor de nuestra casa, y amenazó con derribar la puerta.

» Mi marido no tuvo mas tiempo que el preciso para vestirse. Entonces le presentaron unos papeles escritos en alemán, respecto de los cuales no le dieron explicacion alguna, á pesar de sus instancias. El comisario se limitó á mostrar el sello de que estaban revestidos aquellos papeles. Entonces fué conducido mi marido con escolta por el camino de Paris que rodea á Saverna á la cárcel de esta ciudad, en la que fué encerrado á las siete de la mañana.

» A las cuatro de la tarde fué conducido á la estacion del ferro-carril para ser trasportado á Estrasburgo, haciéndole tomar sin duda por precaucion un camino diferente fuera de la ciudad de Saverna. »

¿Qué crimen habia cometido M. Edmundo About?

Parece ser que le acusaban de haber escrito algunos artículos sobre la Alsacia, en Paris, á fines de octubre de 1871.

El auto de prision era de principios de noviembre de 1871 y no se cumplió hasta el 14 de setiembre de 1872. Monsieur About se hallaba en Saverna desde el 2 de este último mes, y este espacio de tiempo trascurrido desde el dia de su llegada á Alsacia al del dia en que fué reducido á prision, permite suponer que el gobierno no ha obrado con la ligereza que á primera vista parece, y que las autoridades prusianas de Saverna procedieron á la captura de M. About con conocimiento de las autoridades superiores alemanas ó á lo menos de las de Estrasburgo.

El gobierno francés no pudo menos de afectarse con semejante acto de violencia, y reclamó por conducto del ministro de Negocios extranjeros; pero los prusianos hicieron poco ó ningun caso de las reclamaciones, y monsieur Edmundo About hubo de comparecer ante un tribunal preparatorio que afortunadamente declaró que no habia lugar á la formacion de causa.

M. About ha sido puesto en libertad, y en el telegrama en que anuncia su próximo regreso, dice que el acto de sobreseimiento se ha dictado contra la voluntad del fiscal del Imperio que queria dar una leccion á los periódicos parisienses.

Vemos pues, que el estado de las relaciones entre Francia y Alemania puede dar lugar á conflictos que el gobierno desea evitar por cuantos medios están á su alcance.

Nada mas natural ni mas laudable.

Rara vez nos ocupamos en estas revistas de descubrimientos científicos y de novedades industriales, porque generalmente hablando no son de este lugar; pero hay casos que exigen excepcion, y uno de ellos se presenta esta semana.

La prensa francesa y extranjera ha dado cuenta de una invencion, utilísima en los países que tienen ya caminos de hierro y mucho mas aun en los que faltan las vias férreas ó están en su principio.

Un ingeniero llamado M. Larmanjat, ha inventado un ferro-carril de un solo rail y últimamente ha hecho sus pruebas en Paris, en la plaza del rey de Roma.

El prefecto del Sena, M. Leon Say y los delegados del consejo municipal, presenciaron los experimentos.

La máquina tiene cuatro ruedas, una colocada delante y otra detrás que descansan sobre el rail y sirven para la direccion, mientras que las otras dos son ruedas motrices, y se hallan sobre el suelo para producir el movimiento con su adherencia al suelo mismo. Estas dos últimas ruedas de cautchuc, tienen resortes en espiral por un extremo fijados en el eje y por el otro cubo de la rueda; de tal modo, que la máquina no marcha sino despues de un cierto número de vueltas del motor. Las ruedas motrices pueden apoyarse mas ó menos en el suelo segun la traccion que ha de operarse; esta se ejecuta por medio de un tornillo, inclinando mas ó menos la máquina, lo que permite dirigir el peso á voluntad, ya sobre el suelo, ya sobre el rail.

El wagon tiene asimismo cuatro ruedas, dos colocadas á los extremos del mismo, fijas en su eje longitudinal, y las otras transversalmente al medio del wagon. Las dos ruedas de los extremos son acanaladas, están montadas sobre un eje y tienen por objeto como la de la máquina, dar direccion al wagon sobre el rail. Las otras, montadas como las de los vehículos ordinarios, están al medio, y su objeto es tener el equilibrio, llevando el peso principal sobre el rail central, el que se halla al nivel del suelo, sobre grandes traviesas y reforzado por pequeños entablillados. El limpiador, colocado delante de la locomotora, es una escobilla de alambre que limpia continuamente el interior del rail. Despues de haber escuchado atentamente la descripcion del sistema, los miembros del consejo municipal y los ingenieros presentes, recorrieron á pié en toda su longitud la via férrea que tiene 614 metros, con curvas de 9 metros en ambos extremos.

La parte interesante del experimento era sobre todo saber lo que sucederia al tren al llegar á las curvas; pero el resultado fué completo y definitivo: el tren, disminuyendo un poco la velocidad de su marcha, franqueó la curva como si fuese un omnibus.

Despues de este primer recorrido los experimentos se renovaron por tres veces y siempre con igual éxito.

Este sistema puede prestar inmensos servicios en los caminos departamentales, y por esta razon se recomienda.

Poco tenemos que decir hoy sobre cosas teatrales.

Todo son anuncios de novedades, muchas de ellas para la próxima semana.

En primer lugar tendremos la apertura de los Italianos, con la *Lucrecia Borgia*, cantada por la Penco; despues seguirán las representaciones del tenor Capoul, y á fines del mes las de la Albani, una jóven artista de quien se hacen grandes elogios y que debutará con la *Sonámbula*.

Con las funciones de ópera italiana alternarán representaciones francesas: es una innovacion cuyo resultado nos parece dudoso; pero de todos modos, la empresa merece las mas cumplidas alabanzas por ofrecernos así un doble espectáculo.

El teatro del Ateneo se abrirá tambien la misma noche del 1° de octubre con el *Alibi*, de MM. Jules Moinaux y Nibelle; y despues se dará una ópera en dos actos de M. Guiraud y otra en tres de M. Danhauser, titulada: *Moros y Castellanos*.

Por último, en los Bufos, cuando se acabe la boga de la *Timbale d'argent*, lo que no parece próximo aun, se pondrá en escena la *Petite Reine*, desempeñada por los principales artistas de la compañía señoras Judic y Peshard y señores Desiré y Potel.

En los teatros de verso el movimiento no es menos notable.

Los actores del Teatro Francés estudian una comedia en tres actos de M. Pailleron, cuyo título es un misterio todavía.

En el Odeon se ejecutará á fines de esta semana la *Salamandra*, de M. Eduardo Plouvier; y en el Vaudeville va por fin á desaparecer *Rabagas*, para dejar el puesto á la *Arlesiana*, con la imponderable actriz Mlle Fargueil y M. Parade.

Finalmente, en el Gimnasio se dispone la *Mujer de Claudio*, nueva produccion de Alejandro Dumas.

MARIANO URRABIETA.

Romances americanos

POR CARLOS WALKER MARTINEZ.

LA VESTAL AMERICANA.

(Continuación. — Véase el N° 1,029).

¡Cuánto amor! ¡Cuántas caricias
Entre las sombras secretas,
Que solo oyeron los astros
En largas noches serenas!

¡Ay! ¡y no sabía el Inca
Que pasión tan casta y tierna
No era posible arrancar
Sin arrancar la existencia!

Fué el día en que la encerraron
De llanto y de amargas quejas,
Doliente la ceremonia,
Melancólica la fiesta.

De los himnos religiosos
La monótona cadencia
Luto trajeron á el alma
De la infeliz prisionera;

¡Y hielo horrible de muerte
Los tristes votos que hiciera
Al pié del altar postrada
Y en llanto amargo deshecha!

En manos del gran pontífice
Juró reclusión perpétua
Y al Sol consagró los días
De su infeliz existencia...

¡Al Sol, padre de su raza!...
¡Oh! ¡cuánto mas le valiera
Nacer en esfera humilde
Y no en cuna tan excelsa!

III.

Con murmullo melancólico
Las ondas del Titicaca
Al pié del templo rompían
Sus espumas argentadas,

De tal manera que el claustro
De las vírgenes sagradas
Enclavado parecía
En el seno de las aguas.

Era, por demás, hermosa
La situación de esa casa
A los ojos escondida
De la multitud profana;

Pero, aunque hermosa, tan triste,
Que mirada á la distancia
Mas que mansión de vivientes,
Mas que un templo, asemejaba

Una inmensa sepultura,
Apartada y solitaria,
De otro mundo silencioso,
De otra edad desventurada.

Nunca llegaba allí un ruido,
Nunca mas voces humanas
Que los cantos melancólicos
De las tristes encerradas;

Y si alguna vez el lago
Cruzaba una frágil barca
Era una nueva cautiva
Al encierro destinada.

Ni un pescador, ni un viajero...
Ninguna armonía extraña
Turbaba el silencio lúgubre
Del lago y del templo; nada

Que pareciera dar vida
A esa soledad ingrata
Entre las ondas azules
Descubría la mirada;

¡Nada que apartar pudiera
Las yertas sombras opacas
Que en duelo eterno envolvían
Aquellas tristes moradas!

¡Siempre el lago solitario!
Siempre las puertas cerradas...
Y escondidas á los hombres
Las nobles vírgenes castas.

Pero, ¡ay! no valen candados
Para encerrar á las almas;
Si no los labios, los vientos
Llevan las dulces palabras.

Y suele á veces la noche
Ser traidora á los que guardan
Entre muros y entre rocas
Prisioneras desdichadas,

Y el mucho cuidado á veces
Por mas que vigila, engaña:
El amor vence imposibles,
No hay muros para las almas.

Si alguien llegara á observar
Desde las playas lejanas
El lago en las altas horas
De la noche perfumada,

Acaso alcanzara á oír
Leve rumor en las aguas,
Como un remo que golpea,
Como una quilla que pasa;

Acaso al pálido rayo
De la luna, dibujada
Viera una estela ligera,
Como una franja de plata,

Sobre las trémulas ondas
Blandamente acariciadas
Por las brisas del estío;
Y acaso allá en la distancia,

Como exhalación fosfórica
Que rápidamente pasa,
Distinguiera entre la bruma
La vela de alguna barca;

Y oyera el dulce sonido
De una *quena* solitaria
En medio del lago; y viera
Sobre las toscas murallas

Del templo del Sol la sombra
De una virgen delicada
Aparecer un momento
Después, silenciosa y cauta.

Era, no hay duda, una cita...
Porque al lucir la mañana
Desparecía la virgen,
El pescador ya no estaba.

Seguía el lago desierto,
Abandonada la playa,
El claustro solo y solemne
Y sin murmullo las aguas.

Hubiera sido testigo
De estas escenas románticas
El que en esas altas horas
Y en esas playas velara;

Pero, como nadie había
Ni en el claustro, ni en las playas,
Que pudiera sorprender
Las citas enamoradas,

Nadie, por fortuna, supo
Sino la noche estrellada,
Que el noble y valiente Texpi
Escalaba las murallas,

Y que la hermosa cautiva,
De sus votos olvidada
La copa de los placeres
Con ansia ardiente apuraba.

IV.

« — ¡Tórtola triste, oprimida,
Entre muros encerrada
Sin ventura;
Perla en el mar escondida,
Hermosa estrella eclipsada
Por nube oscura!
Oye las trémulas quejas
Que al pié de tus duras rejas
Alza á los vientos
Tu amante desventurado
Por el afamado devorado
De sus tormentos.

» ¡Cuando tú, virgen hermosa,
Al cielo la voz levantas
Dulce y sublime,
En soledad dolorosa
Hay quien llora cuando cantas,
Hay quien gime!
Cuando alzas tus lindos ojos,
Postrada humilde de hinojos
Al cielo santo,
Hay quien suspira por verte
Y hay quien se rinde á la muerte
De su quebranto. (Se continuará.)

Costumbres alsacianas.LOS NUEVE PASEOS VERTIGINOSOS EN TORNO DE LA
CAPILLA DE LOS ANGELES.

La montaña mas célebre de Alsacia, no por su altura, que no pasa de 700 metros, sino por causa del monasterio fundado allí á fines del siglo VII por Santa Odilia, hija de Adalrico ó de Eticon, duque de Alsacia, en la época de Childerico II, está situada á pocas leguas de Estrasburgo.

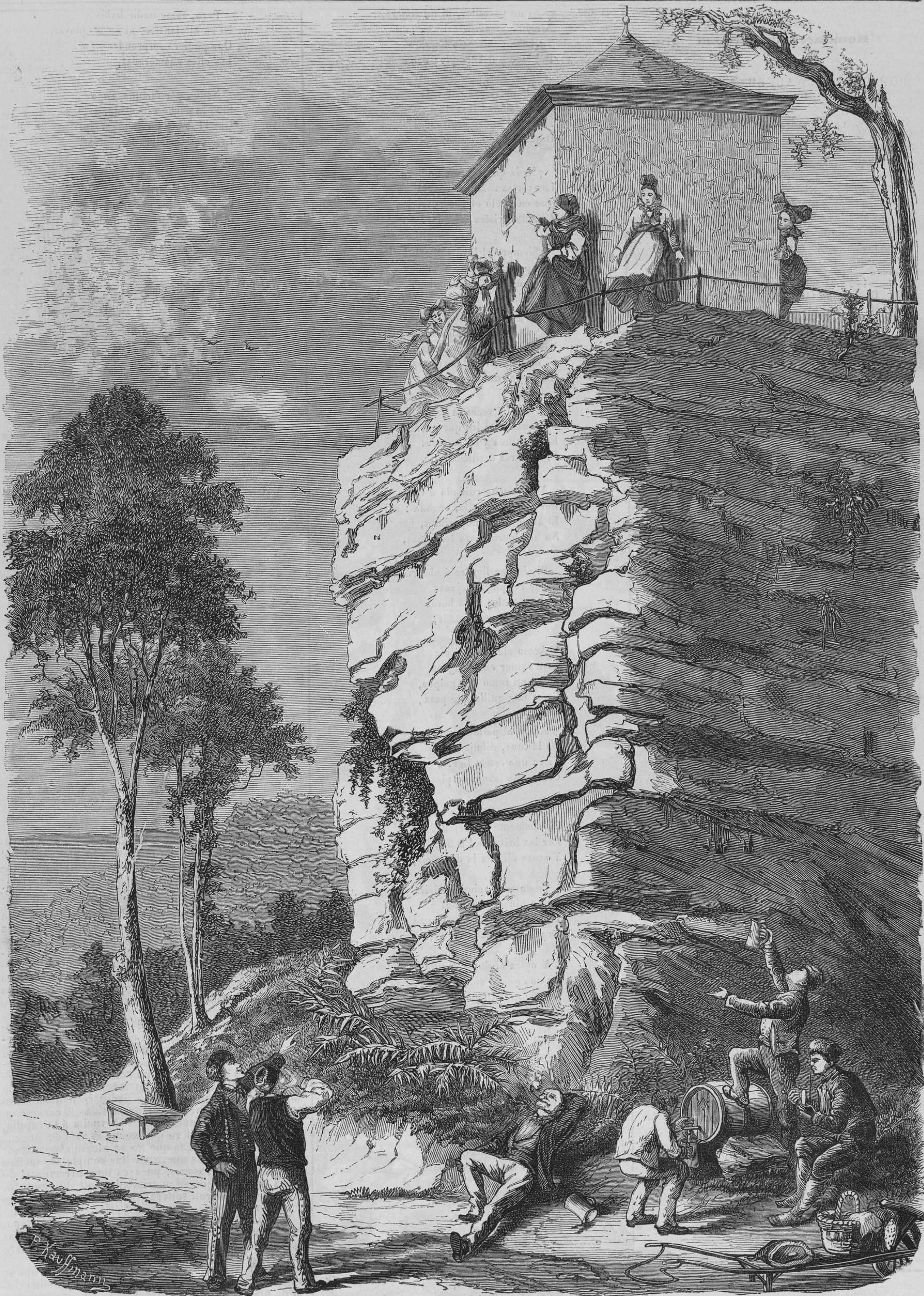
La historia del padre y de la hija se halla envuelta en una crónica maravillosa y llena de milagros. Santa Odilia, ciega de nacimiento, recobra la vista mediante el bautismo. Maltratada por un padre desnaturalizado, que la tenía en la condición de criada, conquista su cariño á fuerza de virtudes; pero cuando quiere casarla, Odilia huye á las márgenes del Rhin, y cerca de Friburgo halla abrigo en un peñasco que se abre para recibirla.

Eticon, maravillado por el prodigio, cesa de oponerse á su vocación, y la da el castillo de Hohenburgo, que ella convierte en monasterio.

La capilla de los Angeles, que forma parte del monasterio, está edificada en un peñasco á pico, que tiene mas de 100 metros por un lado. Allí santa Odilia supo misteriosamente que su padre se hallaba en el purgatorio. Las jóvenes comprometidas á casarse en el año, deben dar nueve veces la vuelta á la capilla, rodeada por un sendero que no tiene mas de 50 centímetros de ancho. Las que no se atreven, por temor al vértigo, á dar las nueve vueltas completas, vacilan casi siempre en casarse, pues es una advertencia de santa Odilia de que su matrimonio será desgraciado. Muchas permanecen solteras, ó pasado algun tiempo se casan con otro.

El lugar de santa Odilia tiene fama de muy sano. Los enfermos acuden allí á restablecerse, y muchas personas se establecen durante una temporada para respirar el aire puro de los montes.

Se disfruta desde allí de una vista magnífica que se extiende hasta el Rhin, río que aparece como una cinta de plata aqueñada la Selva Negra. En este inmenso panorama se encuentran agrupados mas de 300 pueblos y aldeas, y cuando el cielo está despejado se distinguen los ventisqueros del Oberland. P. K.



COSTUMBRES ALSACIANAS. — Las nueve vueltas en torno de la capilla de los Angeles.



MARSELLA. — Accidente en las corridas de toros.

San Juan. 1864.

Corrida de toros en Marsella.

El domingo de la semana última se anunciaron corridas de toros en Marsella, en un sitio cerrado, el Gran Bosquet, en San Lázaro, detrás de la iglesia, y este espectáculo, enteramente nuevo para los marseleses, había atraído una muchedumbre extraordinaria.

A la hora prefijada, mas de 4,000 personas se apiñaban detrás de las barreras que las separaban de la arena. Era una multitud bulliciosa, indisciplinada, que saludó con fuertes gritos al primer bicho que salió del toril, un torillo negro con manchas blancas, con ojos de fuego y revoltoso como él solo. Al aspecto de aquella gente, al ruido atronador de aquellas mil voces, se detiene, mira, alarga un instante el hocico soplando con fuerza, y luego de repente pega un trasteo en la barrera, abre un boquete y se precipita como el rayo en el recinto consagrado al público.

Siguió una escena indescriptible.

Presa del terror, la gente se empuja y huye en todas direcciones. No hay mas que un deseo, es escaparse: hombres, mujeres y chicos, lanzando agudos clamores, se aprietan, se pisotean, buscando la salida tan anhelada.

Felizmente, en aquel tropel se encontró un joven bastante diestro y fuerte para asir el toro y dominarle.

El peligro había pasado.

Sin embargo, entre tanto se habían roto todas las barreras y no podía haber funcion.

Ahora bien, aquella multitud de pies tan ligeros, una vez conjurado el peligro volvió sobre sus pasos y reclamó su dinero. Pero el recinto estaba invadido por muchas personas atraídas por el ruido y que no habían pagado. ¿Cómo reconocerlas? Esto exigía tiempo, y la muchedumbre no entiende de tardanzas. Se enfada pues, é interpretando mal aquella lentitud, toma una actitud amenazadora. Rompen los bancos y se entregan á acciones del mas ciego furor. Hace un instante habían huido de un toro, y ahora sueltan seis, con la estúpida demolición del toril. Afortunadamente los toros se lanzan á los terrenos desocupados del Lazareto, donde hubo que matarlos. ¡Horroriza pensar lo que podría haber sucedido si hubiesen tomado el camino de la ciudad! Z.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,029).

En suma, aunque aquellas noticias fundadas en conjeturas no eran completamente satisfactorias, disminuyeron mucho la ansiedad de Waife. Darrell al comunicárselas, les dió el mayor valor posible; como ya sabe el lector, el anciano no era difícil de consolar y no rechazaba nunca irrevocablemente la esperanza.

Desde aquel momento Waife se fué restableciendo rápidamente. Darrell despues de haber consagrado durante muchos días casi todas las horas en un género de estudio al cual había permanecido extraño durante mucho tiempo, pasaba muchos días en Lóndres, marchando á la capital por el primer tren y volviendo por el último. Jorge Morley también iba á Lóndres y permanecía allí muchas horas. Darrell á su vuelta no hacia alusiones sobre el asunto que le llevaba á la capital, Jorge tampoco, pero este último parecía animado en extremo. Por último, despues de una de aquellas excursiones tan extrañas á sus costumbres, Darrell y Jorge entraron juntos en la habitación del anciano, un poco antes de la hora en que el convaleciente se acostaba.

Sofía sentada en un taburete á los pies de Waife le leía la Biblia; la mano del anciano se apoyaba ligeramente sobre la cabeza inclinada de la joven. Aquel cuadro conmovió á Jorge y á Darrell; pero Darrell fué el mas afectado de los dos. ¿Con qué voz tan juvenil y tan pura leía al anciano el libro de la esperanza en el crepúsculo de su vida! Sofía se levantó estremeciéndose y un poco confusa. Al salir de la habitación pasó por cerca de Darrell, este la detuvo, cogió dulcemente su mano y examinó su rostro mas fijamente que lo había hecho hasta entonces; despues suspiró y soltó la mano de la joven murmurando:

— Perdonadme.

¿Quería descubrir en aquel hermoso rostro alguna semejanza con las facciones de Darrell? ¿Si hubiera encontrado semejanza, cuál hubiera sido el resultado?

Cuando salió Sofía, Darrell se acercó á Waife con la frente serena y los ojos brillantes.

— ¡William Losely! dijo:

— Waife, si os place, señor, interrumpió el anciano.

— William Losely, repitió Darrell, la justicia procu-

ra reparar en lo posible el perjuicio que ha causado al nombre de William Losely. Vuestro antiguo amigo, Alban Morley, me comunicó los apuntes que tenía sobre vuestro proceso y yo he clasificado todas las pruebas que resultaban de ellos. El secretario del departamento del interior es uno de mis mas íntimos amigos políticos, un hombre humano, un hombre inteligente. Yo le he hecho conocer las pruebas. Jorge, M. Hartopp y yo le hemos visto despues que las ha examinado...

— Pero mi... ¡mi hijo!... ¡el hijo de Lizzy!...

— Se guardará su secreto. No se trataba de averiguar quién cometió el delito por el cual fuisteis condenado, solo era la cuestion saber si vos érais clara é incontestablemente inocente de aquel acto y si al reconocer culpable habíais sufrido con una sublime abnegación la sentencia que debía herir á otro. No habrá nuevo proceso, á ninguna persona debe perseguirse. Os traigo el perdon de la reina bajo el gran sello. Debo explicaros que esta forma de gracia real se concede raras veces, y han sido necesarias todas las interesantes circunstancias de vuestro caso particular para que el ministro haya podido escuchar no solo mi recomendación en vuestro favor, sino también sus propios sentimientos de humanidad. La gracia bajo el gran sello difiere de una gracia ordinaria; limpia la sangre de la mancha de la felonía; rehabilita á todos los que no han podido volver á adquirir con la terminación de la pena de los derechos civiles; por último, tal como ha sido aplicada esa gracia es para vos un testimonio completo y formal de vuestra inocencia. Alban Morley procurará hacer saber á aquellos de vuestros antiguos amigos que vivan aun, la revocación de una injusta deshonra, expresada en este documento real. Eso lo hará Alban Morley que volvería la espalda á un príncipe de la sangre si fuera culpable de alguna astucia de jockey en el hipódromo. Vivid ahora si queréis sin ocultaros y fiad en nosotros tres, el militar, el jurisconsulto y el sacerdote, para dar á este papel el valor que debe tener, segun la intención de los consejeros de nuestra soberana.

— Ahora vuestra mano, mi querido amigo, exclamó Jorge. Recordad que exigí una vez que aceptárais la mía como hombre y como gentleman... Ahora como hombre y gentleman honradme vos con la vuestra.

— ¿Es posible? exclamó Waife con voz trémula, alargando una mano á Darrell con expresión de súplica, mientras Jorge estrechaba la otra, ¿es posible? Yo he sido rehabilitado, y sin embargo no pesa ninguna acusación sobre Jasper. ¡Oh! decídmelo, repetidlo otra vez.

— Así es, creedme. Ahora solo falta persuadir á vuestro hijo si tiene corazón de hombre, que será peor que un parricida si no procura salvarse.

— Querrá, lo hará. ¡Oh! ¡si yo pudiera encontrarle! exclamó el predicador.

— Y ahora, dijo Darrell, ahora, Jorge, dejadnos; porque ya podemos discutir bajo cierto pie de igualdad los dos padres, nuestras diferencias de familia.

VIII.

Escojo este momento, dijo Darrell cuando quedó solo con Waife (permitanos el lector que conservemos hasta el fin este nombre familiar) escojo este momento, que creo será el primero en que vos podeis estar plenamente convencido de que ninguna preocupación contra vos oscurece mi juicio acerca de aquella que creéis es vuestra nieta, para entablar y terminar definitivamente (así lo espero) el asunto que os ha traído dos veces á esta casa. La noche de vuestra reciente llegada me disteis esta copia de la declaración de una francesa, refiriendo que le habían dado á criar dos niñas, una de ellas era de mi pobre hija, la otra le había sido confiada por su madre, una señora francesa, muy distinguida y muy generosa, pero cuyo nombre no aparece en este escrito.

WAIFE.

La declaración representa á esa señora como una artista, una artista distinguida es la expresión que emplea la nodriza; una persona con una profesión cualquiera como pintora, actriz, cantante, ó...

DARRELL, secamente.

O bailarina. Comprendo perfectamente la palabra francesa, cuyo nombre presumo que no habrá sido mencionado en el documento por motivos de delicadeza. La hija de una artista distinguida puede ser muy bien una hija natural. La señora se mostró muy reconocida á la nodriza por el esmero con que cuidaba á su hija que estaba muy enferma, y prometió á aquella mujer tomarla á su servicio así como á su marido.

La nodriza declaró que era muy pobre, que aquella oferta le hacia esperar una subsistencia segura, que la vida de la hija de la artista era para ella preciosa, y que la de la niña de mi pobre hija era comparativamente insignificante á sus ojos. Pero la hija de la artista murió, y el marido de la nodriza persuadió á su mujer á que dijera á vuestro hijo (que era entonces viudo y había visto tan poco á su niña que fácilmente podía engañarse) que le dijera que su hija había muerto. Poco despues la nodriza se fué á Paris

y llevó á la casa de la artista á la niña que era en realidad la de mi hija.

— Eso parece muy probable, ¿no es así? dijo con calor el ex-cómico.

— Me parece muy probable, respondió el ex-abogado, que un testigo que se presentara ante el tribunal para confesar tan infame mentira, no tendría escrúpulo en decir otra. Pero prosigo. Aquella artista rica y generosa murió; la conciencia de la nodriza se despertó entonces súbitamente. Vió á M. Hammond... le informó del fraude que había cometido una dama de alto rango que había conocido á Matilde y visto á las dos niñas cuando vivían con la nodriza, observándolas mas atentamente que vuestro hijo, corroboró la historia de aquella mujer, asegurando que la niña de la artista tenía los ojos pardos y no azules; la artista tampoco había sido engañada, pero habiendo cobrado grande afecto por aquella niña supuesta, la recibió y la cuidó como si fuera efectivamente la suya. Por estos indicios vuestro hijo aceptó como suya aquella niña que es vuestra Sofía... ¡Y vos queréis que yo la reconozca como la hija de mi hija! No me mireis tan fijamente, mi querido y respetable huésped. Cuando quisisteis leer en mi semblante lo que mis labios vacilaban en pronunciar, vuestra emoción venció á vuestro valor y perdisteis el uso de vuestros sentidos. Tened ahora mas serenidad. Vuestra Sofía no me necesita; está bajo vuestra protección, y vuestro nombre ha sido rehabilitado; ha encontrado una amiga, una protectora en una persona de su mismo sexo: el rango de lady Montfort le proporcionará en el mundo una posición tan elevada como la que yo podría ofrecerla. Respecto de sus intereses, bajo el aspecto puramente pecuniario, podeis estar tranquilo... se proveerá de una manera conveniente. Pero perdonad si añado con tranquila decisión que el testimonio de esa nodriza me parece una impostura mas grosera y mas miserable de lo que yo había previsto, y me admira mucho que un hombre de vuestra inteligencia se haya dejado engañar así.

— ¡Oh! M. Darrell, no digais eso. ¡Era yo tan dichoso al pensar que cuando mi hijo dejara de existir para mí podría llenar el vacío de mi corazón con la ternura de una niña inocente y cariñosa! ¡No me habléis de mi inteligencia! Si vos cuya superioridad intelectual nadie puede poner en duda hubiérais suspirado, os hubiérais estremecido en la expectativa de un consuelo semejante... Si hubiérais deseado, si siguiérais deseando ahora que esa historia fuese verdad, la hubiérais creído también, la creeríais ahora como yo. Dos hombres consideran de tan distinto modo una misma historia cuando uno de los dos está fuertemente interesado en que sea verdad y el otro determinado á encontrarla falsa si es posible! ¿No es así?

Darrell sonrió ligeramente; pero no aprobó aquella proposición expresada en términos generales. Comprendía que tenía que luchar con un abogado que se aprovecharía de la menor concesión de la parte contraria.

Waife prosiguió:

— Y lo que parece mas improbable en esta declaración, se hace de pronto probable si... si... podemos admitir que mi desgraciado hijo tentado por el deseo de... de...

— No sigais... Ya os comprendo. Si vuestro hijo con el deseo de obtener la fortuna de su mujer se hubiera puesto de acuerdo con la nodriza para el cambio de las niñas, reservándose siempre la posibilidad de corroborar esta historia para el caso de que mas tarde le conviniera reclamar á su hija. Yo os concedo todo eso... Os concedo también que esa conjetura sea bastante plausible para excusaros por darle tanta importancia. Os concedo que en otro tiempo estaba interesado en hacer pasar por muerta á su hija aunque estuviera viva; pero por vuestra parte me concederéis también que mas tarde ha debido creerse interesado en imponerme una niña como hija de Matilde, aunque mi hija no la haya dado á luz. Sobre este punto nos empeñamos en una controversia sin datos, sin hechos. Cerremos la discusión. Creed lo que os plazca creer. ¿Por qué he de querer yo quebrantar convicciones que os hacen dichoso? Sed vos igualmente indulgente para mí. Yo hago plena justicia á los atractivos de vuestra Sofía; por si misma Sofía haría la alegría del padre mas orgulloso; pero yo no puedo reconocerla como hija de Matilde Darrell... La relación que os dá á vos la certidumbre de que es vuestra nieta, me ha convencido á mí de que no es la mía.

— ¡Ah! no seáis inflexible. ¡Vos podeis ser tan dulce, tan benévolo! Ella sería para vos un motivo de felicidad. Si os decidiérais á tomar informes...

— Ya los he tomado.

— Entonces, yo iré á buscar á la nodriza; yo la preguntaré, yo...

— Deteneos. Seguid en vuestra persuasión y conservad vuestra creencia; no os informéis de ese asunto.

— ¿Por qué? ¿por qué?

Darrell guardó silencio.

Waife se pasó repetidamente la mano por la frente, despues exclamó de pronto:

— ¡Pero si yo pudiera probar que no es mi nieta, entonces podría ser dichosa! Entonces... entonces... Señor, el joven Houghton me ha dicho que si fuera solamente la hija de unos pobres honrados... si no fuera hija de Jasper ni nieta mía, entonces tal vez acallaríais vuestro orgullo y por lo menos no os negaríais á bendecirla como la prometida esposa de Lionel

Haughton. La infeliz ama á ese jóven, señor. ¿Cómo ha podido ella evitarlo? A su edad la vida sin esperanza es muy corta, ó larga, muy larga. Dejádme que averigüe la verdad. Seré feliz aun sabiendo que no es mi nieta. No por eso la amaré menos, y en ese caso será amada por otras personas cuando yo vaya á reunirme con mi Lizzy.

Darrell estaba profundamente conmovido. En aquel anciano que se olvidaba frecuentemente de sí mismo dejándose arrastrar siempre por su corazón, había cierta cosa que subyugaba la superioridad intelectual de Darrell é imponía silencio á su orgullo.

— Sí, señor, dijo Waife con semblante meditabundo, es necesario que sea así. Ya me encuentro bien. Mañana partiré para Francia.

Darrell se armó de valor. Había querido evitar á Waife el dolor que le causaban sus propias convicciones, pero ya era mejor hablar con franqueza. Colocó su mano sobre el hombro de Waife y le dijo con tono solemne:

— Yo os suplico que no hagáis eso. ¿Creéis que no volvería yo á emprender en persona esas averiguaciones, hasta que la verdad apareciera tan clara como el sol, si no tuviera fuertes razones para preferir la duda á la certidumbre? Una mujer, cuya carrera se ha puesto ahora de nuevo en evidencia como la heroína de un drama, cuyo teatro ha sido París; una mujer famosa, cortesana, célebre por el gran número de necios á quienes redujo á la mendicidad, y de jóvenes corazones corrompidos por ella, viendo que la edad la despojaba de sus atractivos, arrebátandole así los medios de enriquecerse por la ruina de los necios á quienes fascinaba, procuró subvenir á sus locos gastos por otros crímenes, para los cuales es la ley menos indulgente. Acusada de robos, de falsificaciones, y últimamente de envenenamientos, se sustrajo por medio del suicidio del juicio de los tribunales.

— Ya sé de quién habláis. Habláis de aquella horrible Gabriela Desmarts, sin la cual no hubiera sido vano el sacrificio que yo hice para salvar á Jasper. Por librar á Sofía del peligro de que Jasper la llevara á ver los malos ejemplos de aquella mujer, me la llevé conmigo.

— ¿No es preferible renunciar á informarse de los verdaderos padres de Sofía á averiguar por medio de esas informaciones que es vuestra nieta en realidad, y que su madre es Gabriela Desmarts?

Waife dió un grito horrible, después se sentó sin poder pronunciar una palabra y helado de espanto.

— ¡Estoy seguro de que no es así! exclamó por último. ¿Habeis visto alguna vez á esa mujer?

— Nunca, que yo sepa, pero Jorge me ha dicho que oyó á vuestro hijo asegurarnos que ella había entablado conocimiento conmigo bajo otro nombre; y si vuestro hijo tenía el designio de servirse de ella para confirmar su alegación; si os dijo entonces la verdad, aquella mujer era sin duda la señora de distinción á quien se refiere la declaración de la nodriza; sin duda era la mujer con la cual intentó engañarme presentándomela como *confidente* de Matilde. En ese caso yo la he visto. ¿Pero qué puede deducirse de que la haya visto?

— La palabra sagrada de madre no estaba escrita sobre su rostro. No es posible que aquella mujer hubiera sido nunca madre. ¡Oh! podeis sonreír; pero toda mi vida he tenido la facultad de leer en los semblantes. Hay en la fisonomía de algunas mujeres la esterilidad de la piedra... Sus pechos no exhalan nunca sollozos de madre, sobre sus labios no existen besos maternos.

— Nunca he podido leer en el rostro de las mujeres, dijo Darrell. Tal vez en la época en que visteis á Gabriela Desmarts su género de vida habría hecho adquirir á su rostro un aspecto que no tendría en su estado primitivo. Yo no podré responder mejor á vuestro poético pensamiento que por una explicación poética. Niobe fué trasformada en piedra; pero antes de ser petrificada había tenido muchas hijas. Perdonadme si contesto de esta manera á una opinión, que formalmente aplicada, no os causaría como á mí mas que un doloroso desaliento. No persistais mas en ella. Supongamos únicamente la eventualidad de la confirmación de esa conjetura por nuevas investigaciones; pero evitemos esa eventualidad. Sin embargo, si deben hacerse algunas averiguaciones, las hará otra persona que estando en mejor posición que nosotros para descubrir la verdad ha prometido hacerlas... Un poco antes ó un poco después, podremos saber por esa persona el resultado de sus esfuerzos... os hablo de la infortunada Arabela Fossett, á quien vos conoceis como Crane.

Waife permanecía mudo; no hacia mas que dar vueltas entre sus manos con desaliento, al documento de su rehabilitación.

Por último, viendo que Darrell iba á marcharse le dijo:

— ¿De modo que este papel no es de ninguna utilidad para ella?

Darrell se aproximó de nuevo al sillón del anciano.

— Amigo mío, le dijo, no creáis que para la juventud hay un solo camino á la felicidad. Os afligís porque yo no puedo consentir en el enlace de Lionel con vuestra Sofía. Desechad de vuestra mente el deseo de un imposible y apartad del vuestro lo que solo es el primer capricho de una jóven.

— Es su primer amor.

— ¡Su primer amor! dijo Darrell. No hay enfermedad que resista de un modo mas seguro al cambio de

aires. Yo conocí una jóven tan amante, tan pura, tan rica de todas las virtudes de su sexo como vuestra Sofía (y no puedo hacer de ella mayor elogio), una jóven amada mas intensamente de lo que puede amar Lionel. Aquella jóven aseguraba, y sin duda lo creía en aquel tiempo, que también sería eterno su amor hacia el hombre á quien había jurado eterno amor; y al cabo de un año de ausencia era la esposa de otro. ¡Cambió de aires, cambió de corazón! Yo comprendo toda la impresión que un jóven tan seductor como Lionel ha podido producir naturalmente en la imaginación ó en el corazón de una jóven que hasta ahora no ha reparado á la verdad en otros hombres, pero las impresiones hechas sobre la juventud son como letras trazadas sobre la arena. Hacedlas tan profundas como podais, y la alta marea pasará por encima, y cuando las olas dejen seca la playa, las letras se habrán borrado, porque la arena habrá cambiado de lugar. ¡Valor! Lady Montfort presentará algún día á vuestra Sofía á otros jóvenes tan bellos y tan elegantes como Lionel; con todas las cualidades, con todos los atractivos que posee, no faltarán jóvenes lores que no se inquietarán en lo mas mínimo por averiguar su origen... Jóvenes lores... Si, lady Montfort comprende bien la manera de fascinar á los jóvenes lores. ¡Valor! Antes de un año vereis nuevos caracteres impresos sobre la arena.

— Vos no conoceis á Sofía, señor, dijo Waife con sencillez; y veo que estais resuelto á no conocerla nunca. Pero decís que Arabela Crane debe tomar informes; ¿y si esos informes probaran que Sofía no es la hija de Gabriela Desmarts, que es vuestra nieta, ó que no es mi nieta, que?...

— Permitidme que os interrumpa. No hay en el mundo nada mas cruel y mas pérfido que una falsa esperanza. No acaricieis el pensamiento de que esa pobre niña tenga un día la posibilidad de tener en su favor pruebas suficientes para que mi jóven primo pueda solicitar su mano con mi consentimiento. Lionel Haughton es el único pariente á quien yo puedo legar esta casa, estas tierras que son sagradas á mis ojos, porque ellas me recuerdan mis primeras nociones de honor y los primeros pensamientos que han dirigido mi vida. Es necesario que Lionel tome con esa herencia el nombre que representa; es necesario que sus hijos perpetúen el nombre de Darrell. Y creedme, aunque mi hija viviera aun, yo no le dejaria mi sucesión; ella no transmitiría este nombre, no lo heredaría. ¿Por qué? No porque yo como cristiano sea incapaz de perdonar; sino porque yo no puedo hacer traición á mis antepasados, no puedo hacerme traicion á mí mismo; porque Matilde Darrell fué falsa y pérfida; porque puso el honor en olvido, y por consiguiente perdió el derecho que le daba á una herencia de honor su nacimiento. Y puesto que me obligáis á explicarme tan rudamente, escuchad: Si Sofía hubiera nacido de vuestra union con Lizzy, yo aprobaría con orgullo una alianza que nos haría á vos y á mí casi hermanos; pero yo no puedo representarme á la hija de Jasper Losely, aunque fuera la hija de Matilde, reinando en la casa de mis padres, llevando el nombre de mi padre. Sería inútil insistir mas sobre este punto. Me considerareis como esclavo de una preocupación; mirareis estas ideas como un fanatismo, pero soy ya muy viejo para cambiar. Por grande que sea el disgusto que cause á Lionel mi resolución, no podrá igualar al sentimiento que emponzoñará mi existencia mucho tiempo después que Lionel haya olvidado el objeto de su dolor.

IX.

Al día siguiente por la mañana Mills entregaba á Sofía una carta de lady Montfort, que contenía otra para Waife, en cuyo sobre reconoció la jóven la letra de Lionel Haughton. La jóven se dirigió en seguida á la habitación de Waife que habiendo vuelto á seguir sus costumbres estaba ya levantado. Sofía le entregó la carta sin pronunciar una palabra y permaneció en pie á su lado mientras que él la abría manifestando en cierta firmeza de expresión que se preparaba á un gran esfuerzo de valor. Aquella carta era en la apariencia una felicitación.

Lionel, el día anterior, había visto salir del ministerio del interior á Darrell, y sabido la reparación que la justicia hacia á los perjuicios que Waife había sufrido. Hasta aquí las palabras de Lionel eran cordiales, hasta alegres; pero después seguían algunas frases oscuras.

Hacia en ellas algunas vagas y delicadas alusiones á la conversación decisiva de Darrell con Waife acerca de Sofía... un adiós melancólico, solemne, dirigido á ella y á la esperanza... votos ardientes por la felicidad de la jóven... y después la brusca desviación, por decirlo así de un objeto demasiado penoso é insoportable para extenderse sobre él.

Ya había conseguido dejar su regimiento para entrar en otro que debía ser destinado á un servicio activo; al día siguiente debía partir para ir á reunirse á aquel regimiento á un país lejano, y esperaba que si la guerra respetaba su vida, trascurrirían muchos años antes de que regresara á Inglaterra.

Aquella carta era mas dolorosa aun por lo que callaba que por lo que decía. Lionel deseaba evidentemente informar á Waife y dejar á este el encargo de

manifestar á Sofía que debía mirar al autor de la carta como si ya no existiera para ella en el mundo.

Waife sin dejar de leer la carta se había apartado de Sofía, retirándose al profundo alfeizar de la ventana gótica, cuya colgadura le ocultaba en parte á las miradas de la jóven; pero Sofía le había seguido sin hacer ruido, y cuando el anciano cerró la carta, tocó su brazo y le dijo con la mayor serenidad:

— ¿Abuelo, puedo leer esa carta?

Waife se estremeció y respondió al punto:

— No, hija mía.

— Mejor sería que me permitiérais leerla, dijo con la misma aparente tranquilidad; pero viendo el dolor que expresaba el rostro de Waife, añadió con su dulzura y su docilidad habituales:

— Lo que vos queráis, abuelo.

Waife vaciló un momento. ¿No tenía Sofía razón? ¿No sería mejor mostrarle la carta? Después de todo era preciso que ella supiera tarde ó temprano que Lionel no podía ser ya nada para ella. Waife entregó la carta á Sofía, se sentó y espío las variaciones de su rostro.

Al leer la frase de felicitación con que comenzaba la carta, Sofía miró á su abuelo con semblante interrogador. El pobre anciano no le había comunicado aun la noticia que en otro tiempo hubiera comunicado lleno de alegría. Respondiendo á aquella mirada, dijo casi con tristeza:

— Eso me concierne solo á mí, Sofía.

La jóven sacudió la cabeza y prosiguió su lectura. Waife no apartaba de ella sus ojos, veía cambiar la expresión de su semblante á medida que el sentido de la carta era mas inteligible para ella, hasta que sin pronunciar una palabra, sin otro indicio que el ligero levantamiento de su seno, puso la carta sobre las rodillas del anciano; la trasformación de su semblante era tan completa, que parecía que otra persona ocupaba su lugar.

(Se continuará.)

El comercio del oro y la plata.

(Continuación. — Véase el N° 1,029).

AMALGAMACION Y LAVADO DE LOS MINERALES DE ORO Y PLATA POR EL MERCURIO.

Se amalgaman por medio de toneles de hierro. Los fondos tienen unos discos, con muñones colocados exactamente en el eje del tonel. Sobre uno de los fondos hay una rueda dentada que engrana una segunda rueda montada sobre un árbol puesto en movimiento por una rueda hidráulica ó por una máquina de vapor.

Cada tonel tiene una abertura cerrada con un tapon que sujeta un estribo de hierro y en el tapon hay un agujerillo cerrado con madera ó hierro.

Una de las mesas en que giran los toneles está fija y la segunda es movable, de modo que se puede parar la rueda de cada tonel sin detener el movimiento de los otros, colocados á los lados del árbol y engranando dos á dos en una misma rueda dentada.

Sobre cada tonel hay una caja en la que cargan el mineral bruto.

El mineral se introduce fácilmente por un tubo cuya extremidad entra en la abertura de cada tonel.

Sobre los toneles hay artesas con el agua conveniente para cada carga.

Debajo de los toneles hay recipientes para recibir las materias al fin de la operación.

FUNDICION DEL ORO Y DE LA PLATA.

El oro y la plata se funden en crisoles fabricados con tierra de Picardía, que es la mejor para fundir metales.

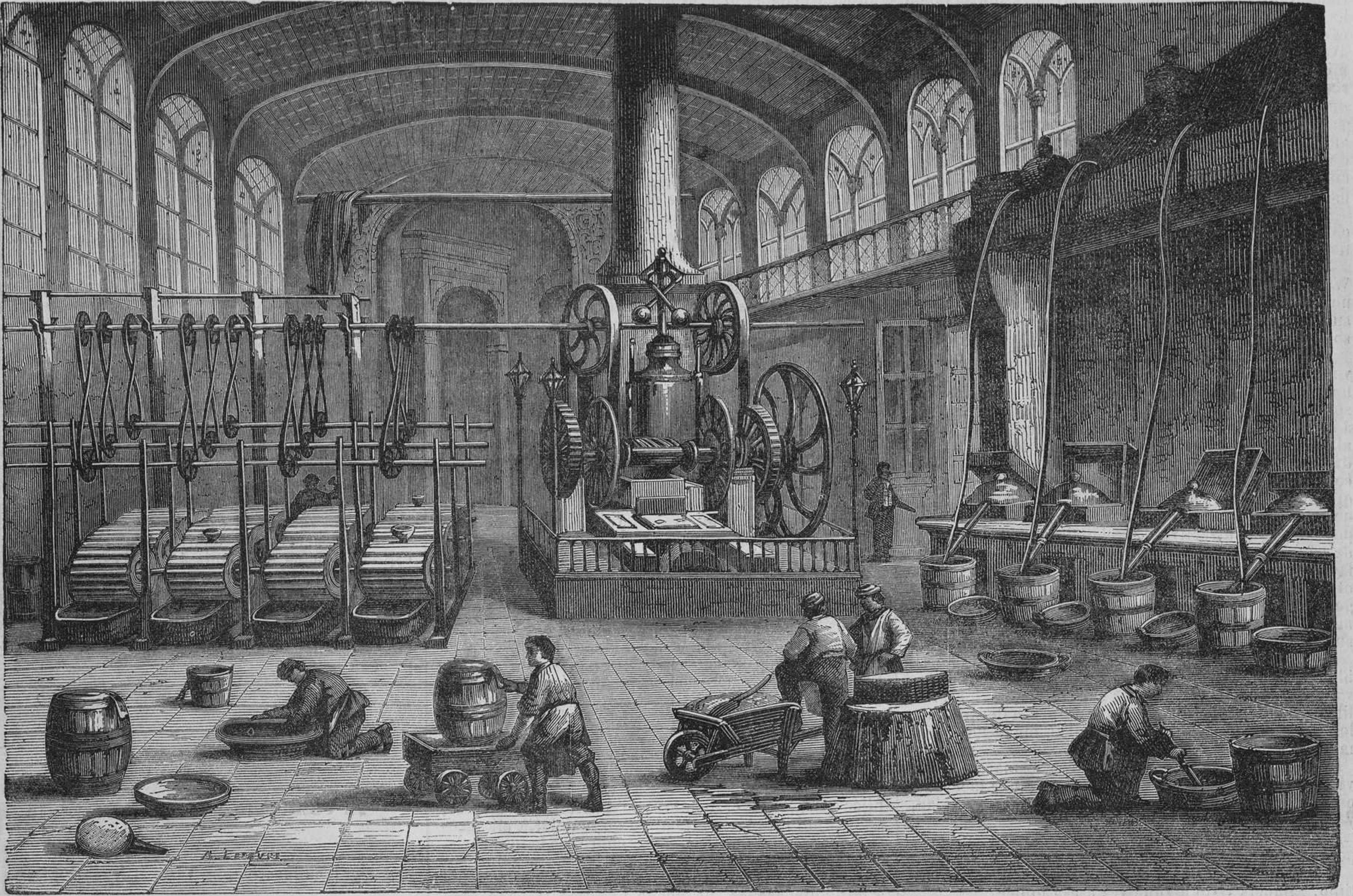
Los hornos en que se funden están generalmente alimentados por un ventilador, para acelerar la fusión. La fusión antes de estar á punto produce humo y herbos ocasionados por las materias extrañas que generalmente se hallan unidas á esos metales.

Cuando esas materias han llegado al estado de estabilidad, se menean con una vara de hierro, para cerciorarse de si está líquida toda la materia contenida en el crisol, y en este caso, se toma el crisol y se vacía su contenido en un molde de hierro llamado *lingotera*.

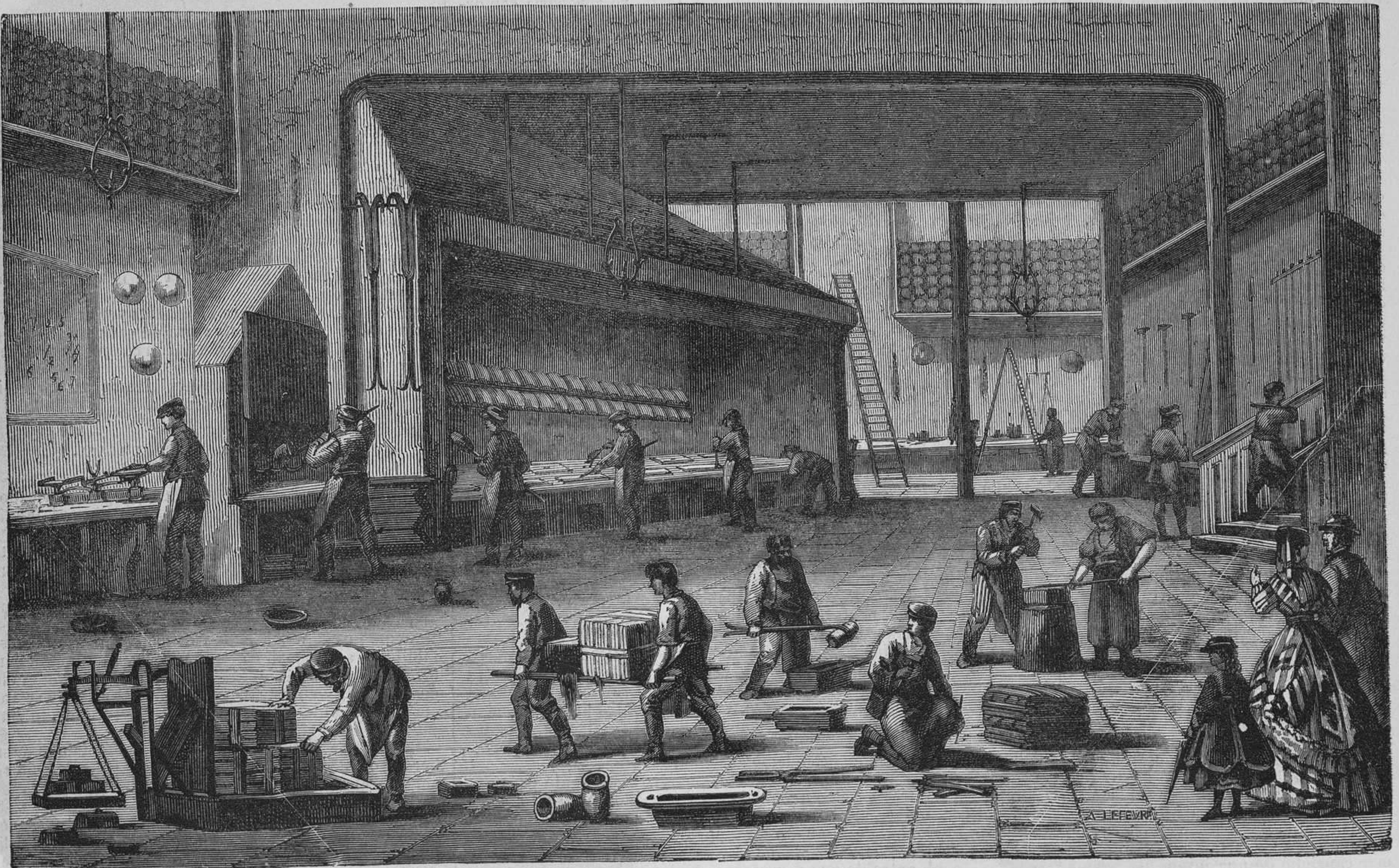
La plata se distingue entre todos los metales por su hermoso color blanco y por un gran brillo que no se empaña al aire, á menos que este no contenga vapores sulfúreos.

Se calcula que la plata se funde á unos 1,000° del termómetro al aire. Da vapores muy sensibles á la temperatura del fuego de fragua y se evapora prontamente cuando la ponen á la alta temperatura que se obtiene entre los dos carbones que terminan los conductores de una pila.

(Se concluirá.)



GRANDES INDUSTRIAS PARISIENSES. — Fundicion de oro y de plata; casa Quiquandon, hijo, 10, rue Aubry-le-Boucher, Paris.
TALLERES PARA EL LAVADO DEL MINERAL DE ORO Y DE PLATA POR EL MERCURIO.



Taller de fundicion de oro y de plata de la casa Quiquandon, hijo, 10, rue Aubry-le-Boucher, Paris.

(Se continuará la publicacion de estos grabados en los números siguientes. — Véase el artículo en la página 243).

LOS DIFERENTES USOS DE UN CASCO FRANCÉS.



En el bosque de Vincennes.



En el estudio de un pintor.



En la barricada.



En el baile de máscaras.

Emilia y Clara.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuación. — Véase el número 1,029).

— Dios es justo y castigó su cruel corazón, respondió Anita. Enfermó peligrosamente, y los médicos declararon que padecía calenturas pútridas. Entonces, como nadie la amaba, se dieron prisa en huir del contagio, y abandonada de todos, solo le quedó el recurso de hacer venir á su hijo, que se hallaba entonces en Marsella de vuelta de sus viajes. Era este tan bueno como su madre mala, y apenas recibió el aviso, tomó la posta, llegó en muy poco tiempo, y encerrándose en el aposento de su madre, no la dejó un momento hasta que espiró.

Después de su muerte, el caballero de S... hizo muchas limosnas, para reparar sin duda el descuido de su madre, y todos se hallaban muy contentos con el nuevo señor, cuando este fué llamado á la corte. Nada más, señorita, puedo decir, si no es que ahora se dice que va á ponerse en venta por órden de su dueño. ¡Qué lástima, vender una habitación tan preciosa!

Hablando así las dos jóvenes, se habían internado en la alameda, é insensiblemente se hallaron cerca de la casa. Clara admiraba la exterior elegancia del edificio, cuando Anita la tiró por la manga y la dijo en voz baja:

— Mirad, señorita: aquel que sale por la puerta es el caballero de S...

En efecto, Clara vió un joven que se adelantaba hácia ellas, y habiéndolas descubierto se acercó, y con la mayor urbanidad las convidó á entrar á descansar en la quinta. Clara encarnada como la grana, le hizo una ligera cortesía, y dándole modestamente las gracias, se apresuró á retirarse con sus compañeras; pero el caballero la siguió, diciéndola respetuosamente:

— Perdonad, señorita, si he intentado deteneros, pero habiendo tenido la dicha de encontraros tan cerca de mi casa, era muy natural que desease la honra con su presencia la hija de la baronesa Benlie.

Al oír estas palabras, levantó Clara los ojos para mirar al caballero, y reparó que sus facciones no le eran desconocidas, pero avergonzada de haber sido hallada tan cerca de su casa, se contentó con repetir las gracias y se alejó á toda prisa, siguiéndola su compañera. Retirada á su casa, contó Clara el suceso á su madre, quien la dijo, que solo conocía al caballero de S... por haberle visto en casa de la marquesa de Melville, donde habían ido algunas noches; y en efecto, Clara recordó entonces que allí le había visto.

Al día siguiente cuando fué á la cabaña de Anita, le salió esta al encuentro y se apresuró á contarle que el caballero de S... les había hecho una visita.

— Hizome un millón de preguntas sobre vos, señorita, prosiguió diciendo Anita, y animada su curiosidad con vuestras respuestas, nos suplicó que no le ocultásemos nada. Ya podeis figuraros con cuánto placer aprovecharíamos la ocasión de desahogar nuestros corazones llenos de agradecimiento. Todos tres á porfía publicamos vuestros beneficios y vuestras incomparables virtudes. El caballero se enterneció mucho, os llamó en voz baja *ángel*, y unió su voz á la nuestra para colmaros de bendiciones.

— ¡Dios mío! exclamó Clara con el rostro encendido en modesto rubor. ¿Qué habeis hecho, Anita? ¿Quereis privarme del gusto de venir todas las tardes á acompañaros?

— No lo permita el cielo, repuso Anita con viveza. Sentiría en el alma haberos disgustado, mi amada señorita, ¿pero cómo dejar de haceros justicia cuando se habla de vos?

¡Oh virtud adorable, cuántas gracias prestas, y cómo sabes embellecer á quien te posee con perfección! La relación de los beneficios de Clara en boca de aquellas sencillas gentes, hizo tal impresión en el corazón del caballero de S..., que dos días después escribió una carta á la baronesa, pidiéndole la mane de su incomparable hija. Admirada esta de tan inesperada petición, se disponía á sondear el corazón de Clara, cuando á la caída de aquella misma tarde, recibió otra de M. de Luzi, concebida en los términos siguientes:

« Sé que habeis recibido una carta del caballero de S..., y por lo mismo me apresuro á escribiros, pues no me es posible explicarme de viva voz en este momento, que acabo de recibir el aviso de la llegada de mi hijo. Me apresuro á trazar estas líneas, y vuelo á estrecharle entre mis brazos.

« ¿Será posible, amiga mía, que ignoreis mis intenciones, tanto tiempo formadas? El enlace de nuestros dos hijos ha sido siempre el mayor de mis anhelos, y con el fin de haceros entrar en mis miras os escribí desde Marsella mi última carta que recibisteis. Confiado en nuestra amistad y en las virtudes de mi hijo, no dudé que aprobarais mi proyecto, y con esta idea vine á Paris; pero la hermosura y las gracias verdaderamente seductoras de la señorita de Vertel, con-

fieso, que me hicieron titubear al elegir entre las dos.

« Sí, amiga mía, titubeé, y no temo haceros esta sincera declaración, porque sé que poseeis un alma demasiado noble para ofenderos de que yo haga justicia al mérito de la amable hija de vuestra mayor amiga; y con la misma franqueza voy á proseguir manifestándoos lo que ha pasado en mi interior. Vuestra preciosa Clarita me pareció entonces demasiado fría, y creí que abrigaba en su pecho un alma apática y sin fuego. ¡Pero cuánto me engañaba! Todo lo he sabido, señora, y vais á ver por qué medio.

« El caballero de S..., á quien conocí en Marsella, y á quien aprecio infinito, vino á verme esta mañana, y me dijo que tenía que recomendarme un asunto del que pendía la felicidad de su vida. Ofrecíle servirle con toda la eficacia de una verdadera amistad, y entonces me dijo que os había escrito, pidiéndoos la mano de vuestra hija. «Amado M. Luzi, prosiguió diciendo el caballero de S..., sé que sois muy amigo de la baronesa, y vuestra recomendación podrá serme muy del caso, en un negocio que tan vivamente me interesa. Ya no me es posible vivir sin ella, y la amo con una pasión tanto más firme, cuanto que está apoyada en sus virtudes.

« Pero amigo mío, le interrumpí admirado, ¿cómo habeis podido enamoraros hasta ese punto de una criatura que apenas conoceis?

« La primera vez que la ví, me respondió, fué en casa de la marquesa de Melville, y su figura, ya podeis imaginar que no sería la que atrajo mi atención. Se le rogó que cantase, y ella sin hacérselo repetir, se acercó modestamente al piano, y acompañándose ella misma, cantó una aria ¡y con qué expresión! ¡con qué voz, amigo mío! Su dulce melodía penetró mi corazón. Su rostro, animado con todos los encantos de la sensibilidad, tenía un aire celestial y me pareció que nunca había visto una criatura más hermosa. Lleno de una sincera admiración, me acerqué á ella y la prodigué elogios que justamente merecía; y que generalmente tanto agradan á las mujeres; pero ella los oyó con aire, que si bien amable, manifestaba que era muy superior á toda especie de lisonja. En fin, amigo mío, me obligó á formar una idea de su talento muy ventajosa, y la impresión que hizo en mí su mérito duró muchos días, siendo la materia de mis reflexiones. Sin embargo, creo que se hubiera al fin desvanecido, si otro incidente no me hubiera renovado estas ideas. Hallábame un día en casa de la marquesa de Melville, y habiendo recaído la conversación sobre la educación, oí á esta señora hacer las mayores alabanzas de la que había recibido Clara, remontando hasta el cielo sus virtudes y sus habilidades, y citándola como el modelo de todas las jóvenes. Ya sabeis que la marquesa tiene talento y mucha instrucción, y así su opinión fué de mucho peso para mí, obligándome á reflexionar seriamente, en que podía ser muy feliz con una esposa de este mérito; pero aun debía aumentarse mi admiración por esta amable criatura. Una tarde la encontré casi á la puerta de mi quinta, la convidé á descansar en ella; pero habiéndolo rehusado, impelido yo por mi amor, la seguí de lejos. Cuando la perdí de vista, resolví informarme de ella en la misma choza de donde acababa de verla salir, y allí, en medio de sus pobres habitantes, acabé de conocer á este ángel. Aquellas buenas gentes le debían su felicidad, se enternecían con solo pronunciar su nombre, y bendecían la incomparable beneficencia que las había sacado de la más horrorosa miseria. Supe la interesante historia de Anita y de su madre, y lleno de amor y de respeto por su virtuosa bienhechora, escribí pidiendo su mano. Ya estais instruido de todo, amigo mío. ¿Podreis preguntarme ahora, cómo he podido amarla hasta ese punto?

« La relación del caballero de S... me apesadumbró infinito, porque habiendo conocido de antemano todo el precio del tesoro que poseeis, tenía ya resuelto realizar un proyecto tanto tiempo formado. Sin embargo, su franqueza no merecía ser castigada con un disimulo que hubiera sido muy culpable, y del que yo no era capaz, y así, imitando su sinceridad, le descubrí mi corazón sin ocultarle nada de cuanto había pasado, y el motivo de mi viaje á esta capital. Al oírlo se estremeció, y exclamó tristemente:

« Acabais de destruir todas mis esperanzas. La baronesa os estima demasiado, y el mérito y virtudes de vuestro hijo le hacen muy peligroso rival...

« Pero amigo mío, le repliqué, la baronesa y su hija no han visto á mi hijo, y son libres para elegir.

« El caballero de S... calló un momento, y levantándose luego, me apretó la mano, diciéndome:

« La felicidad de vuestro hijo va tal vez á serme funesta, pero creed que de todos modos aprecio vuestra franqueza.

« Al concluir estas palabras salió de mi cuarto, dejándome muy melancólico. ¡Ojalá hubiera estado en mi mano la felicidad de este joven apreciable! y creed que todo lo sacrificaría en su obsequio, menos el bienestar de un hijo tan querido.

« Ahora mismo acabo de recibir el aviso de su llegada; pero no he querido marchar á su encuentro sin escribiros y sin visitar la cabaña de Anita.

« Clara es verdaderamente un ángel, y mi ambición y gloria consiste en llamarla mi hija. Os he descubierto mi corazón, señora, pero sois libre, y cualquiera que sea vuestra resolución desde ahora, prometo respetarla. Dos letras de vuestra mano me instruirán de ella, y yo sabré con qué título os he de presentar

al hijo de vuestro sincero amigo y admirador — GUILLERMO DE LUZI. »

RESPUESTA DE LA BARONESA.

« Vuestra carta ha hecho en mí el efecto que podiais desear, amigo mío, y aunque el caballero de S... sea rico y apreciable, no titubearé un instante en la elección. Nuestra antigua y verdadera amistad, y el mérito del joven Carlos, os darán una idea del placer con que miro un enlace que asegurará la dicha de una hija á quien adoro.

« Teneis razon en creer que no tengo el alma tan baja para ofenderme de la justicia que haceis al mérito de la preciosa Emilia. Esta amable niña, á quien amo casi tanto como á mi propia hija, es digna de vuestros elogios, y si hubiese sido ella la elegida, creed que hubiera visto sin disgusto asegurada su felicidad con el esposo que yo apetecía para mi hija. Pero ya que este negocio va á concluirse de un modo tan satisfactorio para ambos, doy gracias al cielo porque me ha proporcionado la dicha de colocar á Clara tan á mi gusto.

« ¡Qué felicidad, amigo mío, es tener buenos hijos! En ellos rejuvenecemos, y en ellos volvemos á sentir aquellos puros placeres que nos regaló la primavera de nuestra vida, y que el tiempo ya nos ha robado.

« Todavía no sabe nada mi Clara. Quiero que por ahora permanezca tranquila y ver la impresión que produce en ella la vista y compañía de vuestro hijo. Venid, pues, y entre los dos arreglaremos lo necesario para su mútua felicidad, que tan necesaria es para la vuestra, etc. — LA BARONESA DE BENLIE. »

Por la noche de aquel mismo día tan feliz para M. de Luzi y su amiga, fué presentado el joven Carlos en casa de la baronesa. Su figura agradable, su aire fino y despejado y su conversacion amena y delicada le hicieron parecer á los ojos de todos como el modelo de los hombres. Clara y Emilia también se vieron obligadas á formar igual concepto, y desearon merecerla aprobación de un joven tan instruido y amable. Él por su parte mostró quedar muy admirado de las habilidades y gracias de las dos jóvenes: las elogió á ambas con finura y delicadeza, y sin usar de aquellos magníficos absurdos que en la alta sociedad se llaman *galanteria*.

La baronesa le hizo varias preguntas sobre sus viajes, y sus respuestas le condujeron insensiblemente á una conversacion en la que hizo brillar, sin afectación, sus talentos y sus vastos conocimientos. Su anciano padre, lleno de una vanidad y orgullo muy disculpable, se hallaba gozosísimo al observar las muestras de aprobación de la baronesa, quien mirando sucesivamente al joven y á su hija, se manifestaba enternecida y satisfecha á un mismo tiempo.

M. de Luzi observó que era ya tarde, y se dispuso á marchar; pero al tiempo de despedirse, dijo, que debiendo celebrarse al día siguiente el baile anunciado tiempo atrás, esperaba le dispensarian á él y á su hijo el honor de acompañarlas. Las señoras aceptaron su ofrecimiento con muestras de la mayor complacencia, y se separaron muy satisfechos unos de otros.

En efecto, al día siguiente estuvieron ocupadísimas las dos madres en las respectivas galas de sus hijas, y llegada la hora, la baronesa con el mayor placer ayudó á Clara en su tocador, vistiéndola un finísimo traje blanco que ella misma le había bordado. Sujetó las gruesas trenzas de sus cabellos con un gracioso lazo de gasa también blanco, primorosamente matizado de varios colores, y entre los sueltos rizos que sombreaban su frente, colocó algunas flores sencillas. Clara se manifestó muy satisfecha de su traje, dió las gracias á su querida mamá, y esperó á Emilia con impaciencia. Poco tardó esta en presentarse adornada con elegancia y primor; su vestido era de una hermosa tela azul, un rico chal blanco cubría en parte su torneado cuello, y un broche de piedras preciosas apretaba su delgada cintura. Sus rubios y rizados cabellos se sujetaban con dos bellas sargas de perlas, y varias plumas blancas y azules colocadas con gracia ondeaban entre las brillantes trenzas de su hermosa cabellera. Emilia, adornada de esta suerte, estaba tan hermosa, que Clara no dudó que ninguna podía presentarse en el baile, que la igualase; por su parte Emilia, admirada de la sencillez del traje de su amiga, se acercó á ella, diciéndola:

— ¡Válgame Dios, querida mía! ¿será posible que quieras presentarte de ese modo? Ese vestido es demasiado sencillo para esta ocasión, y me disgusta mucho que el mío sea tan superior al tuyo. Es verdad que te sienta perfectamente, porque te aseguro que nunca te he visto tan bella. Tus ojos están más brillantes que de ordinario, tus mejillas más sonrosadas; pero con todo, añadió besándola cariñosamente, tu traje no es de mi aprobación.

— Tiene razon Emilia, se apresuró á decir madama de Vertel, volviéndose hácia la baronesa, siempre has tenido mucho gusto, amiga mía, en punto de vestir; pero justamente ahora que tu hija va á presentarse por primera vez en el gran mundo, lo has perdido.

— No soy de vuestra opinion, replicó la baronesa sonriéndose, y estoy persuadida que os equivocais las dos. El traje de Clara es bonito, si no le comparais al de Emilia, á la verdad precioso y elegante. Yo creo

que nunca ha estado Clara mas satisfecha de su adorno. ¿No es verdad, hija mia?

La respuesta de esta fué arrojarla en los brazos de su madre y llenarla de caricias. En aquel momento entró M. de Luzi seguido de su hijo, y la baronesa tomando de la mano á Clara, se la presentó diciendo:

— Madama de Vertel y Emilia no aprueban la sencillez del vestido de mi hija; pero yo creo que se equivocan, ¿no es verdad?

— Ciertamente que se equivocan estas señoras, respondió con viveza M. de Luzi. Esta señorita está perfectamente prendida, y nunca he visto un traje que mas la embelleciese.

Clara se avergonzó de estos elogios, y bajó los ojos llena de rubor al observar la atencion con que Carlos la miraba. Un criado entró á decir que el coche estaba á punto, y la sacó de tan embarazosa situacion.

M. de Luzi tomó la mano de la baronesa; Carlos ofreció la suya á madama Vertel, y las dos amigas les siguieron cogidas del brazo.

Llegados al salon del baile, quedaron Emilia y Clara agradablemente sorprendidas de un espectáculo tan nuevo para ellas. El infinito número de luces, el lujo y magnificencia que por todas partes brillaban, y el majestuoso estruendo de la música, las tenia en una especie de enajenamiento continuo. Sin embargo, la extraordinaria belleza de Emilia bien pronto empezó á atraer por su alrededor á muchos jóvenes; por todas partes se oian sus elogios, y casi se la señalaba con el dedo como un objeto de admiracion. Un sin número de bailarines solicitaban á porfia el honor de su mano, y arrastrada por aquel torrente, bien pronto la perdió Clara de vista.

La baronesa acababa de tomar asiento con M. de Luzi, y aprovechando Carlos la ocasion, se acercó á Clara, y la pidió el honor de ser su pareja en la contradanza, que iba á principiarse; ella consintió con el permiso de su madre, y Carlos le ofreció su brazo para conducirla al medio del salon.

Llegados allí, se colocaron justamente enfrente de Emilia, que, mientras duró la contradanza, se llevó los aplausos de cuantos la miraban, y que conducida por su pareja, recorria el espacioso salon con gracia y ligereza; Clara la seguía con los ojos, y casi olvidaba el baile en su distraccion, mientras que Carlos, muy inteligente en la materia, pero tal vez un poco severo, la prefería en su interior á Emilia, cuando notaba la naturalidad con que ejecutaba los pasos, y la gracia y decencia de todos sus movimientos.

Concluida la contradanza, condujo Carlos á Clara junto á su madre, que la hizo sentar á su lado para que descansase. En cuanto á Emilia, se hallaba rodeada de un inmenso concurso, y figuraba en todas las contradanzas, de modo que su amiga perdió la esperanza de hablarla en toda la noche. A instancia de la baronesa bailó Clara dos ó tres veces; pero bien pronto, fatigada por el gentío que se aumentaba y por el calor excesivo, manifestó que desearía permanecer sentada con su mamá. Carlos, oyendo su resolucion, acercó una silla junto á ella, y colocándose á su lado, la entretuvo agradablemente el resto de la noche con su conversacion llena de viveza y amabilidad.

Las tres acababan de sonar, y Clara manifestó su impaciencia por marcharse, diciendo con mucha naturalidad que aquellas ruidosas diversiones no eran de su gusto.

— Soy de vuestra misma opinion, dijo Carlos con gravedad; un alma verdaderamente sólida encuentra aquí siempre una especie de vacío, que no experimenta entregada al ejercicio de las virtudes domésticas, donde nunca deja de hallar los verdaderos placeres, que el mundo loco y superficial busca en vano en esta especie de diversiones. La vuestra, señorita, es de este temple, y por lo mismo, jamás hallareis en un baile las puras satisfacciones que vuestro sensible corazón ha gozado en la humilde choza de Anita.

Al oír estas palabras, el rostro de Clara se cubrió de un vivísimo carmin. Admirada y confusa se dispuso á preguntar á Carlos por dónde había sabido el suceso, pero él se apresuró á añadir:

— Perdonad mi atrevimiento, señorita. La expresion se ha escapado de mis labios, que sin querer os han rendido un tributo que ofende tal vez vuestra modestia.

La presencia de madama de Vertel y Emilia cortó esta conversacion. Emilia estaba muy fatigada, y su madre temerosa por su salud quiso partir al momento. Todos se convinieron en lo mismo y se retiraron para tomar el descanso necesario.

Al día siguiente recibió madama de Vertel una carta de una tia suya que habitaba en Leon. Se hallaba esta atacada de una enfermedad crónica, y habiéndola desahuciado los médicos, rogaba á su querida sobrina que fuese á cerrarle los ojos y á presenciar el testamento que queria hacer en favor de Emilia, á quien deseaba abrazar antes de morir. Madama de Vertel no quiso rehusar este consuelo á la pobre moribunda cuyas intenciones eran tan favorables para su querida hija, é inmediatamente se dispuso á partir para Leon.

Clara y Emilia no pudieron separarse sin lágrimas, y sin prometerse mutuamente escribirse todos los correos. Era la primera vez que se separaban desde su infancia, y solo podia consolarlas la esperanza de una pronta reunion.

Mientras duró la ausencia de madama de Vertel y Emilia, M. de Luzi y su hijo hicieron frecuentes visitas á casa de la baronesa. Carlos usaba con Clara de las mas finas y delicadas atenciones: unas veces la

leía libros instructivos, mientras que ella se ocupaba en su labor. Otras la obligaba á dibujar sin mas modelo que su explicacion, algun punto de vista que había atraído sus miradas en el curso de sus viajes, ó algun edificio de los mas notables. Clara le oía con atencion, y como era tan diestra en este arte, los sacaba al momento con una perfeccion que le admiraba.

Muchas veces la rogaba se sentase al piano y acompañaba con su flauta los armoniosos acentos de su voz encantadora. En fin, no la dejó un momento mientras duró la ausencia de su amiga, y en tanto sus padres llenos de satisfaccion veían la armonia que se establecia entre estos dos objetos de su tierna predileccion.

Tantas atenciones delicadas de parte de un joven tan digno de ser amado, precisamente debían hacer impresion en el pecho de la tierna y amable Clara. Así es que, ignorándolo ella misma, se entregaba insensiblemente su inocente corazón á un sentimiento de preferencia exclusiva.

La compañía de Carlos se había hecho tan necesaria para ella, que si alguna vez tardaba en venir, se la escapaba involuntariamente algun suspiro; al menor ruido volvía la cabeza para mirar á la puerta, y solo se sosegaba con su presencia.

Mas no se crea por eso que había olvidado á Anita: todos los días le hacía una visita, la ayudaba en su labor y veía con placer delicioso la mejoría de su buena madre.

Ya supondrá el lector que Clara haría mil preguntas para saber por qué medio Carlos había descubierto sus beneficios á esta familia; pero instruidas ya de antemano, Anita y su madre se manifestaron ignorantes de todo, y Clara demasiado modesta para preguntárselo á él perdió la esperanza de saberlo.

Al cabo de dos semanas, Clara tuvo el placer de volver á estrechar á su amiga entre sus brazos. Emilia iba vestida de riguroso luto, y habló con respeto y veneracion de su tia y del cariño que le había manifestado. Madama de Vertel se explicó del mismo modo, é instruyó á su amiga de las últimas disposiciones de la difunta, tan favorables para su hija.

En efecto, Emilia había sido la heredera de todos sus bienes bastante considerables, y que unidos á los suyos la hicieran muy superior en riquezas á su amiga Clara.

Algunos días se pasaron en los que Emilia y su madre se repusieron de las fatigas del viaje, después de lo cual, las dos jóvenes volvieron á su acostumbrado método de vida y á sus ordinarias ocupaciones; mas esta vida uniforme y tranquila no debía durar mucho tiempo: un gran acontecimiento se preparaba, que debía cambiar la suerte de las dos amigas.

Ocho días después de la llegada de madama de Vertel, fué á visitar M. de Luzi á ambas familias, á la sazón reunidas. Después de un rato de conversacion dijo que venía expresamente á convidarlas para el otro día.

(Se continuará.)

La Internacional en La Haya.

La Asociación internacional de trabajadores se ha reunido en La Haya el 2 de setiembre último, no habiendo celebrado asamblea general desde el Congreso de Basilea en 1869. Todas las federaciones, excepto la italiana, que hace algun tiempo se ha separado del consejo general, estaban representadas en el Congreso. Sabiase ya que la discordia reinaba en el campo de Agramante y las tumultuosas sesiones de la sala de la *Concordia*, en la callejuela de los Lombardos, no han hecho mas que confirmar este estado de cosas que no promete un porvenir largo ni feliz á la Asociación. Con efecto, los delegados estaban divididos en dos partidos muy opuestos, el de Karl Marx y el de Bakounine; Karl Marx, centralista autoritario, que apoyado en el Congreso de Londres y en todos los estados del Norte, pretende organizar la Internacional de tal manera, que ciegame se someta á las órdenes del consejo general; Bakounine, federalista y con él todos los adeptos de la federacion jurasiana, compuesta de los estados del Sur, que rechazan el consejo general, y reclaman la formacion de un consejo federal, en el que estén representadas todas las secciones de la Internacional y que se renueve todos los años.

Sobre este punto el congreso ha dado razon á los primeros; pues ha mantenido el consejo general, cesando de formar parte en él Karl Marx, y limitado sus poderes, aunque le deja la facultad de suspender las secciones por diversos motivos; y además, ha decidido que se traslade su residencia de Londres á Nueva York.

Otra causa de division era el modo de constitucion del proletariado. Los centralistas, por el órgano de M. Longuet, pedían una organizacion política, esto es, querían armarle contra las clases medias, para conseguir con la destruccion de estas, la abolicion del Estado y el establecimiento de la Commune. Los federalistas, por el contrario, rechazaban toda organizacion política, declarando que el proletariado no debía ocuparse mas que de trabajo y encerrarse en el círculo de las cuestiones económicas.

La discusion de la proposicion Longuet fué acalorada y no dió fruto en sesion pública, en razon á que intervinieron los espectadores y tuvieron que separarse. La salida de la sala fué tumultuosa, como puede verse en nuestro dibujo. La poblacion holandesa, tan flemática por naturaleza, se había exaltado, silbó á los miembros de la sociedad, y hasta hubo gritos de: ¡Abajo la Internacional!

Sin embargo, en sesion secreta fueron vencidos los centralistas autoritarios, lo que precipitó el fin de la reunion, pues considerando que el congreso había fracasado, salieron de La Haya.

Tal fué el fin de esta reunion, que se terminó por un banquete dado en Amsterdam á los delegados restantes, por los miembros de aquella seccion de la Internacional. De todos modos, nadie parece haber quedado satisfecho. Los federalistas se muestran descontentos por el mantenimiento del consejo general y por la consagracion de su autoridad reforzada por nuevos estatutos; en tanto que los centralistas autoritarios, aunque hayan ganado sobre la cuestion del consejo general, parecen desconcertados por la dimision de Karl Marx y la traslacion del consejo á Londres, no menos que por no haber alcanzado la organizacion política del proletariado.

El periódico *el Soir* ha recibido una interesante correspondencia de La Haya. Es una conversacion que ha tenido con Karl Marx, y que refiere del modo siguiente:

Hallábame esta mañana en la plaza de Schevéningue con mi compañero M. de B., cuando nos encontramos con el secretario general del consejo general de la Internacional, quien iba en compañía de su esposa y de su hija.

Nos habíamos visto en el Congreso y al volvernos á ver nos miramos mutuamente, y después de vacilar un rato, nos saludamos con bastante frialdad y con gran embarazo. Nos disponíamos á proseguir nuestro camino, cuando Karl Marx nos dirigió la palabra con mucha atencion, y nos preguntó en representacion de qué periódico habíamos asistido al Congreso. Yo le contesté que en representacion del *Soir*, y M. de B. que por encargo de la redaccion de un periódico ruso, del cual es corresponsal.

Entonces, y sin provocarla nosotros, empenóse entre él, mi colega y yo, ó por mejor decir, entre él y mi colega, una conversacion política y económica, de la cual pocos instantes después redacté algunos apuntes.

Karl Marx nos habló ante todo de las ocultas disensiones que la reunion de La Haya acaba de poner de manifiesto.

— En la actualidad, dijo, existen entre nosotros dos partidos. Por una parte el partido autoritario, que expone la necesidad de una direccion atinada y prudente, pero que busca la ocasion de consolidarse, aunque haya de ser por medios violentos. Como decía ayer Vaillant, es preciso no tener con las clases elevadas, como así se las llama, mas relaciones que las que existen entre los que se combaten. Queremos hechos para basar sobre ellos una filosofía, pero deseamos ver esos hechos para poder obrar según nuestros principios.

— Será preciso que no os descuideis. — Dejaremos que los acontecimientos sigan su curso. Ya lo vereis. Antes de un año Francia, España, Suiza, Portugal, Bélgica y Holanda se unirán para formar todas ellas un país libre y sin fronteras. Ya lo vereis, repito. Llegará el día de nuestro advenimiento: esto es indudable, forzoso, inevitable. Tal vez tengamos que apelar á la fuerza; pero como la fuerza reside en el número, y nosotros tenemos el número...

— Los grandes batallones, ¿no es verdad? — Sí; pero no están organizados todavía. Nosotros constituimos la fuerza, pero seremos mas bien la fuerza moral que la fuerza material, y sobre todo la fuerza organizadora. Los sucesos violentos, las conmociones sangrientas han demostrado que « donde no hay organizacion » nada hay.

— Ejemplo de ello la Commune de Paris. — ¡Ah! sí. Hubo falta de organizacion, falta de union, y luchas de ambiciones, de concupiscencias y de malas pasiones... Cuando estemos bien organizados, el mundo será nuestro, pues que somos sus verdaderos soberanos.

— ¿El mundo será vuestro, Karl Marx? — Nada de eso... Las personas nada son; la colectividad lo es todo. El mundo será nuestro, esto es, pertenecerá al trabajo.

— Pero, ¿qué hareis del capital? — El capital nada es sin el trabajo. — Y el trabajo nada es sin el capital. — Eso es un error... nosotros lo reemplazamos con la asociacion.

— Pero con frecuencia no consiste en otra cosa. — Si; pero subsiste el capital, y nosotros queremos ser productores verdaderos y acabar con los parásitos.

— Y para llegar al fin que obligais á alcanzar á vuestros comitentes...

— Nosotros no obligamos á hacer nada. — Esa es una apreciacion mia; para alcanzar ese fin, apelais á la lucha.

— ¡Y bien! — ¿Por qué no emplear la conciliacion? — ¡Imposible! Las leyes vigentes en la actualidad se oponen á ella. No se quiere que corran parejas la legislacion y el progreso. Si no, dad una ojeada á los



LA INTERNACIONAL EN LA HAYA. — Salida de los delegados despues de la última sesion.

Códigos y vereis que apenas han variado de medio siglo á esta parte.

— Eso es exagerado.

— Es una verdad. En otro tiempo un polaco noble que levantaba la tapa de los sesos á un labriego, pagaba un ducado de multa. Hoy la pena es mayor: ese atentado le costaría mas caro. Teneis razon en decir que exagero.

— Hablo con formalidad. La legislacion se transforma siguiendo la marcha del progreso. Ahí teneis en prueba de ello la magistratura inglesa.

— Sostengo lo que he dicho. Los príncipes que usurpan los tronos, no quieren que las leyes sigan la corriente del mundo. Esto es lo mismo que si quisiérais impedir que el Spul (canal de La Haya) corra; el agua se estancaría é inficionaria el país, ó se desbordaría y lo cubriría.

— Pero ¿qué hombre hará esas reformas en vuestro concepto indispensables?

— Cualquiera; no sé quién ha de hacerlas. Yo quisiera que el jefe del mundo federalizado fuese el mas grande de los muertos ilustres. Sus escritos servirían de código.

— ¿Quiénes son para vos los muertos ilustres? ¿Proudhon?

— No. Daria margen á discusiones. Los flamencos le respetarían, y los franceses, despues de leer sus obras, se creerían todos mucho mas fuertes que él. Antes de un mes le tratarían de reaccionario.

— Pero de todos modos, se necesitan hombres.

— ¿Quiénes quereis que sean? ¿Bakounine? ¿Hertzen? ¿Jacobi? ¿Littre?...

— Yo creia que Littre...

— Está atrasado de un siglo. En cuanto á Julio Simon, que ha querido entender en materias de socialismo, no vale gran cosa. Algunos individuos de la Internacional han dado gran importancia á Rochefort, quien nunca ha sido mas que el Voltaire de la economía política de nuestros tiempos, ni ha poseido mas filosofía que Voltaire. Ha sabido destruir, pero ha sido incapaz de fundar cosa alguna.

— Pero, ¿y Hertzen y Bakounine?

— Hertzen era un hombre tímido; Bakounine es un impostor, y nunca, por mas que diga, ha sido partidario de Hertzen. En cuanto á Littre, ¿acaso tiene una doctrina propia? No; la Francia entera tampoco la

tiene. Vosotros teneis una especie de doctrina de la clase media y una especie de doctrina aristocrática. Todo para los intereses, nada para la idea, para el pensamiento. Los belgas no tienen mas que á Thonissen, pues que hago caso omiso de Le Hardy, de Beaulieu y de Berardy. Estos se han arredrado, y es preciso no arredrarse; es preciso luchar abiertamente contra la clase media, la cual al fin principia á comprender que está en su interés ceder.

— Se equivoca; su deber es resistir.

— No pensais bien... Si la clase media rehusase el pan á un trabajador, suprimiriamos la clase media. Mirad, yo, por ejemplo, si fuese trabajador y los amos se coligasen para negarme el trabajo, buscaría en la química los mas terribles agentes y destruiría tantos hombres como me fuese posible. O los destrozaria ó me destrozarian. Es muy claro. Si yo no puedo existir como debo, dejaré de existir: *To be or not to be*.

— Segun vuestro modo de pensar, no admitiriais en vuestras filas á los empleados del Estado. Y sin embargo, trabajan mucho y la mayor parte de ellos están menos retribuidos que los trabajadores.

— No son productores.

— Son útiles.

— Los suprimiremos.

— No se suprimirán las administraciones.

— Pero las formaremos de internacionales.

— ¿Y encontrareis hombres aptos para esos empleos?

— Todos lo serán si queremos. Nosotros somos productores, todo lo producimos, lo organizamos todo. Nosotros restituiremos el ejército y la burocracia al trabajo. Nosotros federalizaremos al mundo bajo la alta direccion de una representacion nacional. Las transacciones comerciales se efectuarán por medio del cambio, sin numerario.

— Pero eso es la muerte del arte. Llegareis á establecer una severidad espartana tal que no será del todo agradable... Vaya, yo quisiera ensayar vuestras teorías, y que se os enviase á una colonia haciendos dueños y propietarios...

— Eso de nada serviría. Un ensayo semejante nada probaría. Si no nos ocupamos mas que de un solo país, dejamos de ser internacionales. Eso es precisamente lo que nos divide. Algunos de nosotros quieren que un país se adelante á otro. Esto es una necesidad.

El equilibrio; hé aquí la ciencia social. Hay penuria en un país y abundancia en otro; pues, es preciso equilibrarlos. Necesitamos el mundo entero. ¿Por qué abortó la revolucion del 89? Porque se centralizó. Robespierre era un estúpido; prefiero á él mil veces á Mirabeau. La descentralizacion, hé aquí el fin que nos proponemos. ¿Qué representamos nosotros en último resultado? A las clases necesitadas, trabajadoras. Estas clases son las mas numerosas. No está en el mundo para completar la felicidad de los hombres dichosos, sino para proporcionar una felicidad igual á todos en el mundo entero. Los trabajadores sufren y desean mejorar su suerte, y nosotros queremos realizar esos deseos.

— Quereis... para eso necesitais hombres.

— No; no los tenemos y todo marcha por sí mismo. ¿No prueba esto algo?

— Pero en la Internacional hay hombres que gozan de una popularidad que los otros no tienen.

— Esos hombres no son nada. Yo tengo formada sobre ellos mi opinion.

— ¿Y Johannard no vale algo?

— Es un inepto, un estúpido.

— ¿Y Vaillant?

— Un medroso.

— ¿Y Van den Abele?

— Un belga soñador.

— ¿Y Cyrile?

— Un pilluelo de Paris.

— ¿Y Dereure?

— Un zapatero sin trabajo.

— ¿Y Mourago?

— Es poco activo.

— ¿Y Ranvier?

— Es demasiado activo.

— ¿Y Wroblewski?

— Un lituanio sin recursos.

— ¿Y vos? pregunté de repente á Karl Marx.

Karl Marx fijó la vista en mí, miróme luego de arriba abajo, llevó la mano al sombrero para saludarnos y nos volvió la espalda, marchándose entre su esposa y su hija.

— Vaya, que es preciso confesar, me dijo M. de B... que ese alemán es un hombre muy original.

X.